

Norah Carden

Patrick Norton

Monika Hoff

*¡Y tenía que ser
mi jefe!*

¡Y tenía que ser mi jefe!

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Título: ¡Y tenía que ser mi jefe!

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Diciembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Estaba nerviosa. Después de pasar un año en el paro, después de que me despidieran de El Heraldo sin darme las gracias siquiera, después de venirme abajo varias veces, por fin encontraba un nuevo puesto de trabajo en el Diario S. Estaba nerviosa porque, al principio, pensé que no me darían ese puesto.

El Diario Sol era uno de los periódicos más prestigiosos del país y no tenía nada que ver con El Heraldo, de menor tirada y con mucho menos personal. Sabía que no iba a ser fácil trabajar allí, que la competencia sería feroz, que ya no tendría el tiempo libre del que disfrutaba ahora, pero también era la mejor manera de sobresalir entre algunos compañeros de universidad que se habían quedado como meros redactores en prensa local.

El Diario Sol era una oportunidad para demostrarme a mí misma de lo que era capaz, de que yo era una mujer tan inteligente como preparada. Seguramente ahora mis nuevos jefes sabrían valorar aquellas cualidades que en El Heraldo no habían sido capaces.

La crisis había hecho estragos en el país y yo fui despedida simplemente porque fui una de las últimas en ser contratadas. De nada valía mis amplios conocimientos de marketing ni que me manejara perfectamente en alemán e inglés.

Sencillamente habían determinado que el daño para la empresa sería mínimo si me indemnizaban ahora, pues era muy joven y llevaba poco tiempo en El Heraldo, así que en enero estaba en plena Avenida Lagos, con una caja de cartón entre mis brazos que contenía bolígrafos, mi vieja grapadora, un retrato de mis padres y un libro de poemas, de Pablo Neruda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Ahora que había encontrado un nuevo puesto, estaba esperanzada en que este tipo de cosas no se volviera a repetir, porque verdaderamente me afectó mi salida de aquel periódico.

Creía que había tocado el cielo cuando empecé a trabajar en El Heraldo, pero no fue así. Para ellos mi talento y mi voluntarismo no valían nada. Me quedaba, después de mi jornada laboral, horas y horas en la redacción, horas que nunca fueron remuneradas, horas que empleé con mucho interés para ampliar y corregir reportajes. Me dejé la piel en aquel periódico y, de repente, una llamada sin ningún tipo de explicación y una carta de despedida fueron la gratitud a tanto esfuerzo. Maldita crisis.

Deseaba que todo fuese ahora diferente en el Diario Sol, aunque estaba segura de que habría de trabajar mucho más en este nuevo periódico. Me habían asignado la sección de Publicidad y una sección como esa no es cualquier cosa, pues los principales ingresos de una publicación como el Diario Sol provienen de importantes clientes que quieren promocionar sus negocios

en prensa.

Parece que valoraron positivamente mi currículum y la entrevista que hice con la jefa de personal dio sus frutos. Recuerdo que salí de aquella conversación bastante confusa, porque me preguntaron sobre mis relaciones sentimentales. Y yo mentí. No sé si se dieron cuenta. Supongo que no, porque acabaron contratándome.

Les dije que salía con un chico que era profesor de instituto, pues yo quería dar una imagen de persona estable emocionalmente. Si hubieran indagado un poco, habrían descubierto que yo, Davinia, había sido un auténtico desastre en mis relaciones. Seré más incisiva y diré exactamente que había sido un puto desastre. Mis parejas no me duraban nada. Estaban a mi lado porque les atraía mi físico, pero luego, cuando les insinuaba que quería un compromiso sólido y duradero, desaparecían de mi vista.

Sin pelos en la lengua, confesaré que salí con auténticos cabrones como un tal Richard, que nada más salir de casa, solo sabía meterme mano e introducirme su lengua, que parecía la lengua de una jirafa, hasta la garganta. Me dejó a las pocas semanas por una antigua novia. Me explicó que yo era una estrecha, la madre que lo parió. Aún no había salido a la calle, estupendamente maquillada, cuando empezaba a darme lengüetazos que me corría toda la pintura. Parecía un payaso, excusa perfecta para no ir a ningún sitio, sino para meterme en su coche o en casa de su madre a darme un repaso de arriba a abajo. Vamos que follábamos día sí y día también, y va, y me dice que soy una estrecha. Richard es el caso más radical de novio bruto, egoísta y desagradecido. Luego tuve noviazgos más o menos largos como el de Javier, un compañero de El Heraldo, un vigoréxico que se metía toda clase de proteínas y hormonas en el torrente sanguíneo.

Yo sabía que aquello no era bueno. Durante más de un mes solo me daba piquitos. No era como Richard, ni mucho menos. Una noche, desesperada y excitada, tras salir de una hamburguesería donde me había hinchado a patatas fritas y nugguets de pollo y donde él se había limitado a beber Coca Cola light y a tomar ensalada, decidí meterme mano a su paquete. Me gritó. Me prohibió que lo tocara porque necesitaba reservar energías para un campeonato que tendría lugar en Madrid dentro de un mes. Yo me negué y, bromeando, volví a meterle mano al paquete, pero no había paquete. Las inyecciones le estaban pasando factura y habían hecho que su pene fuese la cabeza de un lápiz.

No debería comentar esta clase de intimidades, pero, llegados a este punto, me da igual todo.

Volviendo al tema de mi nuevo trabajo, el caso es que mentí en mi entrevista y coló. Había sido contratada y esa misma mañana iba a conocer a mis jefes, aunque todo parecía indicar que se trataba de un solo directivo, según me contaron en la propia empresa cuando hice la entrevista.

Desayuné rápidamente y me puse un traje de falda y chaqueta de color gris. Quería dar imagen

de seriedad. Cogí el metro y me planté en quince minutos delante de un enorme edificio de cristal que recordaba a la Metrópolis de Superman. Siempre me había intrigado esa enorme estructura de cristal tan alta en mitad de la ciudad y más de una vez me pregunté si yo viviría o trabajaría allí algún día. Y mira. Mi sueño hecho realidad. Las empresas más importantes del país tenían ahí una oficina y el Diario Sol ocupaba toda la segunda planta.

Subí en el ascensor con mucha más gente. Parecía que estaba en una de esas pelis americanas, donde los elevadores se convierten en pequeños universos donde sucede de todo. Acerté con el vestuario porque los trabajadores y directivos iban de punta en blanco, como si los hubieran tele transportado desde Wall Street. El ascensor abrió sus puertas silenciosamente en la segunda planta y avancé con mis tacones por un pasillo amplio hasta llegar a un mostrador donde una secretaria me dio los buenos días.

Era una chica mona que me miró con cara de perro al darse cuenta de que le había plagiado el vestido. Yo me sonrojé. Me indicó bruscamente que el señor Evans me esperaba en su despacho para que yo recibiera instrucciones. Todo aquello me sonó demasiado solemne. Aquello no era como El Heraldo donde los despachos de los directivos y los reporteros estaban en la misma planta y donde todos nos veíamos nuestras caras de mileuristas estresados y encabronados. La muchacha me acompañó hasta las puertas del despacho del Sr. Evans. Estaba cada vez más nerviosa y ella seguía mirándome con cara de perro. Pensaba que en cualquier momento me iba a morder el cuello como un pitbull.

Las puertas se abrieron automáticamente, la secretaria se retiró sin decir ni mu y allí estaba él. Lo recuerdo con claridad, ¿cómo se me puede olvidar un hombre así? Parecía que me había colado en la película de las 50 sombras de Grey. Sí repito, en efecto, allí estaba él. Alto, delgado, aunque se notaba que tenía un cuerpo fibroso, y con un pelazo moreno que contrastaba con sus ojos castaños, llenos de energía, hipnóticos. De su boca y sus labios hablaré más adelante.

Me sonrojé de nuevo al ver a aquel dios griego.

—Siéntate, Davinia. ¿Debo llamarte señora o señorita? — preguntó con ironía intentando gustar desde el principio. Lo consiguió rápidamente.

—No, no... Davinia está bien — susurré.

—Pero no respondiste a mi pregunta, ¿señora o señorita? — insistió y yo intenté mantener mi cara neutral y no tener uno de esos arranques típicos míos y decirle que no le importaba. Iba a empezar con muy buen pie si hacía eso...

—Señorita en todo caso, pero Davinia está bien — repetí, me senté frente a él quien

volvió a su sitio con paso lento.

Yo puse los ojos en su trasero y en otras partes que no debo decir por pudor, pero lo que más me gustó, después de su físico, era su forma de hablar. Una voz grave y rotunda me demostraba que aquel tipo era un hombre seguro de sí mismo y chulesco.

Todo un Casanova, sí, uno de esos hombres que imponían y a quien nadie le daría un no por respuesta. Al menos no yo, que parecía que estaba bastante desesperada si teníamos en cuenta las imágenes y pensamientos que desfilaban en ese momento por mi mente.

—¿Sabes callar? ¿Sabes callar, Davinia? — preguntó con voz enigmática.

—No sé a qué se refiere — respondí yo titubeante.

Porque a veces no había manera de callarme y soltaba todo lo que pasaba por mi cabeza sin ni siquiera darme cuenta. ¿Y a qué demonios venía esa pregunta?

—Para trabajar conmigo, para trabajar en el Diario Sol, debes saber callar — dijo de nuevo con esa voz tan varonil.

—De acuerdo. Haré lo que me pidan — contesté con aire sumiso.

Me miró unos instantes con las cejas enarcadas, no sé qué parte es la que no creyó, yo estaba cada vez más nerviosa. Nunca me había enfrentado a una presentación igual. Claro que nunca tuve un adonis igual como jefe.

—No se trata de eso. Se trata de que sepas guardar ciertos secretos para que todo vaya sobre ruedas. No es fácil que te contraten aquí.

—Lo sé, señor Evans. Lo sé.

—Soy un poco especial, me gusta que esté todo a mi forma, quiero que eso quede también bastante claro.

—Entiendo señor, Evans.

Mentí como una bellaca. No estaba entendiendo nada. Estaba claro que en todos los periódicos se guardaba información pero joder, yo era periodista, no tenía que advertírmelo, ¿no? Relájate, Davinia, estás demasiado nerviosa, pensé.

—Ya verás que me gusta tener controlado todo, es mi empresa, no permitiré que nadie tire por tierra el esfuerzo que me ha costado levantar este Diario y la credibilidad que tiene.

—Comprendo.

—Tienes imagen, saber estar, no me cabe duda de que estarás a la altura de tu puesto, ahora te reunirás con el equipo publicitario para que te asesoren en cómo conseguir realizar tu trabajo con absoluto éxito.

—Estaré encantada de que me asesoren.

—De todas maneras tendremos que trabajar los dos codo con codo, ya te vendrás conmigo a la mayoría de los actos públicos.

Por poco me da un soponcio cuando me dijo eso, ya me veía recorriendo el mundo a su lado, cosa que no me importaba. Y lo de codo con codo era como piel con piel y eso me llevaba a piel y más piel y...

Mierda, por ahí otra vez no, pensé y rogué por no haberme sonrojado de una manera que me delatara.

—Estoy a su entera disposición.

En el momento en el que dije esa frase, decir que me sonrojé fue poco.

—Gracias, empezamos a entendernos.

Llamó por teléfono a su secretaria y vino a por mí para llevarme a esa reunión con el equipo de asesoramiento publicitario, me impactó la forma de despedirse tan elegante señalando a la puerta cómo dándome autorización para salir acompañando a su secretaria.

Congenié genial con los 3, Manuel, Desirée y Natalia, con los que compartiría la mayoría de la

jornada laboral.

Manuel era el más serio de todos, Desirée la más irónica y relajada, Natalia la más mandona e impulsiva, pero todo un amor. Eran toda una bomba de equipo, me habían transmitido todo un buen rollito, nada de tensión como la que había pasado con el Señor Evans.

Al terminar mi jornada salí de allí feliz pues me había gustado lo poco que había vivido ese día con mi equipo, al montarme en el ascensor entró a la vez mi jefe.

—Buenas tardes, Señor Evans.

—Adelante — dijo estirando su mano para que yo pasara antes — ¿Qué tal su primer día, Davinia?

—Me voy con muy buena sensación, el equipo está muy bien compenetrado y se han volcado mucho conmigo.

—Me alegro de que así sea — dijo mientras volvía a señalar con su mano que saliese primera del ascensor.

—Hasta mañana, Sr Evans.

—Hasta mañana.

Me compré un sándwich antes de meterme en el metro, estaba hambrienta, eran las 3 de la tarde, mi estomago no paraba de rugir, mientras lo mordisqueaba no paraba de recordar ese momento tan tenso en el despacho de mi jefe, lo hubiese callado la boca y me lo hubiese tirado allí mismo, pero evidentemente eso solo lo podía fantasear.

Llegué a casa y lo primero que hice fue prepararme un café, estaba deseando estirar las piernas en el sofá, los tacones que había seleccionado ese día eran de lo más coqueto, al igual que de lo más incómodo, pero tenía que ir especialmente preparada para la ocasión.

Después de un buen rato relajada en mi sofá, me llegó un mensaje que al descubrir que era del Señor Evans me sorprendió.

“Buenas tardes, Davinia, algo que me dice mucho de las personas es su elegancia, Felicidades por estar a la altura de nuestra empresa en ese sentido.”

Me quedé helada, no sabía si tomármelo como un halago o como una advertencia que siguiese

apareciendo por la empresa de esa manera, dude en responderle pero pensé que quizás le molestaría que no lo hiciese.

“Gracias, señor Evans, intentaré seguir a la altura de su empresa.”

No sabía si le había mandado la respuesta acertada, pero ya estaba enviada, realmente todo lo proveniente de él me imponía mucho, momentos después volví a recibir un mensaje de él.

“Mañana tengo una reunión importante, me gustaría que me acompañases. ¿Qué te parece que te recoja a las 8 en tu casa?”

¿Iba a acompañarlo a una reunión tan pronto? Desde luego que ese hombre no tenía sangre en las venas y no podía pensar que a mí, directamente, podía darme un infarto con lo directo que era, apenas había tenido tiempo de adaptarme a mi nuevo trabajo, a mis compañeros y a él. Pero yo podía, claro, era una oportunidad increíble, no iba a desaprovecharla. Además que, solo en pensar que me iría toda la mañana con él, me ponía en tensión, estaba claro que estaba deseando ir, pero solo de pensarlo me entraban sudores.

“Claro, si quiere le pongo la ubicación de dónde vivo.”

Esperé su respuesta como agua de mayo.

“Tengo muy bien localizados a mis trabajadores. Hasta mañana, Davinia. ”

Me quedé a cuadros con su contestación, era evidente que tenía un control abismal sobre todo, de todas formas en el contrato con la empresa venía mi dirección así que era muy fácil saber dónde vivía.

No volví a contestarle más. Me levanté rápidamente del sofá, trastabillé por el camino y casi me mato, yo y mi poco sentido del equilibrio.

Llegué al dormitorio y abrí el ropero, miré y resoplé, necesitaba ropa nueva, esa ya estaba muy usada, pero era el inconveniente de ser mileurista. Me encantaba la ropa pero no podía gastarme todo lo que me gustaría, como la mayoría de la gente, claro.

Empecé a sacar ropa y a ponérmela pero nada me convencía: una demasiado oscura, otra muy ajustada (o eso o yo había engordado últimamente), demasiado corta, demasiado...

Oh, mierda, no tenía nada que ponerme y estaba de los nervios.

Pero un momento, era coqueta, sí, ¿pero desde cuándo me preocupaba tanto eso?

Mi jefe iba a volverme loca y acababa de conocerlo.

Me enfadé, dejé toda la ropa tirada por el cuarto y me senté con los brazos cruzados en el sofá. Ya tenía tema para pensar toda la tarde y, conociéndome, me pasaría horas y horas comiéndome la cabeza.

Sí, estaba contenta en el trabajo pero, ¿por qué ese hombre me ponía tan nerviosa? Si no controlaba mis reacciones, no iba a poder dar todo de mí en mi nuevo puesto de trabajo.

Solo esperaba que pasar unas horas con él al día siguiente, me ayudaran a verlo como lo que era, mi jefe, sí, pero un hombre normal.

Nada más.

Capítulo 2

Hasta ese día en que vino a recogerme a casa en su espléndido coche, no sabía qué era en realidad la fascinación. Me levanté un tanto inquieta. No había dormido bien. La luz del amanecer me despertó antes de que lo hiciera la alarma de mi móvil.

Eran las siete y media, y sentía que la realidad, aquella realidad del dormitorio, no me pertenecía. No era la misma mujer que cuando entré a aquel despacho y hablé con el Sr. Evans. Aquel hombre me había cautivado. Bueno, mejor dicho, aquel cuerpo y aquella voz grave me habían cautivado. Durante la noche soñé con sus ojos, con sus labios gruesos y carnosos, con la levedad de esa figura que se sentó cerca de mí y me dijo si era capaz de callar.

No. No fue eso lo que dijo. Me preguntó exactamente si sabía callar y yo, seducida por aquella apariencia, dije que sí, que haría lo que fuese. Yo creo que fue el mismísimo diablo el que había detrás de aquel hombre, de aquellos ojos rasgados y grandes, llenos de luz y de misterio al mismo tiempo. Desayuné deprisa, como siempre y me puse a dar vueltas por la casa como una quinceañera que espera a que un compañero de clase llame al timbre para acompañarla al baile del instituto.

Y algo parecido iba a suceder esa mañana, el Sr. Evans pasaría a por mí en su coche e iríamos juntos al trabajo. También pensaba en los mensajes que me envió. No era normal que un hombre de ese cargo y responsabilidad se tomara esas confianzas con su empleada, porque yo no dejaba de ser una mera empleada, talentosa, eficiente, como había demostrado en El Herald, y con ganas de triunfar en mi campo de trabajo.

A las ocho en punto, tocaron al telefonillo. Era el chófer del Señor Evans que me pedía amablemente que bajara, pues mi jefe quería verme cuanto antes para planificar el trabajo de esa mañana. Me sentía como en una nube. Flotaba de felicidad. Parecía una tonta. Pero me daba igual, porque, aunque tenía claro que con el Sr. Evans no tenía ninguna posibilidad, nadie me quitaría el derecho a fantasear de vez en cuando con aquel hombre que se había tomado la molestia de pasar a recogerme a la puerta de mi casa, como si yo fuese una clase de princesa o de cenicienta. Me puse mis tacones.

Al llegar a la calle, ahí estaba el Mercedes negro, reluciente, esperándome a mí. A mí, que no era nadie. En el interior, el Sr. Evans se hacía el interesante leyendo el periódico. El chófer me abrió la puerta y me senté junto a mi jefe quien me dio en voz baja los buenos días. Yo temblaba. Debo reconocerlo. Temblaba y no sé si era porque me imponía el hecho de que aquel hombre fuese mi jefe o porque era un hombre, cuyo atractivo y porte, no me dejaban indiferente.

Estaba claro que el Sr. Evans no se parecían en modo alguno ni a Richard ni a Javier, mis anteriores parejas. A veces he pensado que la seducción de aquel hombre no sólo provenía de su físico, sino también de esa aura de poder que desprendía al dirigirse a mí o a cualquier empleado.

—Buenos días, Davinia. ¿Cómo has dormido? — preguntó sin dejar de mirar el periódico.

—Bien, muy bien, gracias — respondí secamente.

—Te noto un tanto nerviosa.

—Perdone. Es que es la primera vez que vienen a recogerme a casa en un coche como este. Y que, además, sea mi jefe el que se sienta a mi lado, impone — intenté explicarme sin abandonar el temblor en mi voz.

En ese momento había soltado el periódico y me miraba directamente a los ojos. Yo solo quería no sentirme demasiado nerviosa en ese momento, o que él no lo notara, pero tenía la impresión de que ese hombre veía a través de mí más de lo que yo deseaba. Tipo listo...

—¿Te impongo? Interesante conclusión. Muy interesante — tuve la sensación de que me desnudaba con la mirada.

Empecé a acalorarme, temía ponerme a sudar allí mismo. Esperaba que solo fuera eso, una sensación o una impresión, porque si no...

—No quería ofenderle — dije tras carraspear, intentando dejar de lado mis pensamientos calenturientos.

—No lo has hecho y deja de disculparte. Me estoy quedando contigo.

—Lo siento — dije sin poder evitarlo, ya era inercia.

—Davinia... — resopló.

—A veces, Sr. Evans, me comporto como una estúpida.

Me salió así, tal cual, eso era lo que más odiaba de mí, que a veces no tenía filtro ninguno.

—No. No eres ninguna estúpida. Lo sé reconocer a primera vista — me interrumpió con un tono más enérgico.

—Oh, pero sí que lo soy.

—No vuelvas a llamarte estúpida — dijo casi enfadado.

—No estoy acostumbrada a esta clase de privilegios — volví a decir con voz suave, intentando no sonrojarme.

—No pienses demasiado en ello. Simplemente quiero ser amable con mis empleados. No te preocupes. Me encanta hacer este tipo de cosas. No me cuesta nada. Me pilló de camino y, aunque no lo creas, no me gusta la soledad, Davinia.

—A mí tampoco. Tengo que decirle que estoy muy ilusionada con este nuevo trabajo en el Diario Sol — dije yo intentando que la conversación fluyera sin tener que caer en simples monosílabos.

—Es una oportunidad única, Davinia. Por cierto, me encanta ese nombre.

—Es un nombre poco frecuente. Es un nombre hebrero. Es el femenino de David y significa “amado” — comenté mirándole a los ojos y sonriendo.

—Es un nombre precioso por su significado. No se me va a olvidar. Te lo prometo.

En aquel momento no sabía muy bien a qué jugaba el Sr. Evans porque parecía que, en cada una de sus intervenciones, quisiera conquistarme. Tenía la sensación de que intentaba sacarme los colores continuamente. Aquel juego de sentirse dominador, de sentirse un ser superior que era capaz de controlar la conversación y de construir frases con un claro aroma de seducción me hacían ponerme cada vez más nerviosa.

Y tengo que confesar que, sin embargo, esas reacciones que estaba experimentando mi cuerpo me gustaban. En efecto, me gustaba que hiciera eso, que me hablara así, con delicadeza, con corrección, pero dejando en cada expresión una esencia enigmática, como si una fragancia oscura penetrara en mi interior y me dejara sin posibilidad de contestar con la naturalidad que siempre me había definido.

—¿Estás más tranquila, Davinia? — preguntó él con intención de ponerme nerviosa, de ver que yo temblaba al oír su voz.

Está claro que le gusta mi nombre, pensé, porque bien que lo repetía.

—Sí, me gusta — dijo riendo.

Mierda, ya había hablado en voz alta de nuevo.

—Entonces, ¿estás más tranquila, Davinia? — hizo hincapié en mi nombre de nuevo y no pude evitar sonreír.

—Sí, lo estoy. Quería darle las gracias, puesto que no he podido hacerlo antes, por contratarme.

—No me des las gracias. Necesito a los mejores, ¿sabes? Un periódico como el nuestro no se puede permitir trabajar con aprendices. Cometieron un error en El Heraldó al despedirte — dijo con seguridad.

—Aún no entiendo por qué lo hicieron. Bueno, está claro que la crisis obligó a que despidieran a gran parte de la plantilla y yo fui una de las afectadas — apostillé yo con voz firme y segura.

—Las cosas no se hacen así. No es la primera vez que me pasa. A veces, consigo que un periodista, despedido por otro periódico, se convierta en el Diario Sol en una auténtica estrella mediática. Las empresas de comunicación cometen el error de imitar a empresas de otros sectores. Balances, cifras, sueldos, números... y deciden actuar en función de ganancias y pérdidas económicas. En sus plantillas hay chavales y chavalas con talento que, recién contratados, son despedidos y no saben que quizá han despedido a la gallina de los huevos de oro — comentó con un tono despectivo.

—Parece que habla desde la experiencia, Sr. Evans — dije yo un poco cortada.

—No te equivocas. Mi caso fue muy parecido al tuyo. Trabajé como un esclavo en la revista En portada durante dos años. Un sueldo de mierda. Una adicción al café y una úlcera de estómago a causa del estrés sin haber cumplido los veintisiete. Llegó un nuevo director y cambió los temas de la revista. Eliminó toda la información sobre política exterior para convertir En portada en una revista sobre cotilleos. Me echaron enseguida, pues yo era especialista en política de Oriente Medio. A los pocos meses, estaba trabajando en el Diario Sol. Tristemente vi que En portada se hundía hasta que cerraron la revista. Gracias a mí y a mi equipo, el Diario Sol creció de una forma descomunal en dos años. La mayor parte de los lectores de En portada se convirtieron en lectores de Sol. Este negocio es así — me explicó el Sr. Evans, demostrándome que creía mucho en mis posibilidades.

—Me gusta escucharlo, porque me gustan las personas que valoran el talento y no creen solamente en que una empresa deba cumplir objetivos económicos — dije yo mirando su boca, no a sus ojos, sino a aquella boca sensual, de labios carnosos y rosados.

—Ahora tenemos una reunión con unos posibles clientes que quieren publicitarse en nuestro periódico. Es una marca japonesa y, si conseguimos el contrato, daremos un paso más para expandirnos a otros países. Davinia, me importa que una empresa logre sus objetivos económicos, que crezca y cuanto más, mejor, pero me preocupa que algunas decisiones, basadas solamente en el ahorro, frustren la vida de jóvenes con talento e ilusión — dijo él mirándome a los ojos, como si me estuviera retando con aquella mirada incisiva y llena de energía.

No tardamos más de veinte minutos en llegar. El coche paró en la puerta del edificio. El Sr. Evans y yo íbamos juntos, y yo sentía que estaba siendo protegida al mismo tiempo que aleccionada por aquel hombre que, en cada movimiento, mostraba una gran seguridad. Acciones tan corrientes como pulsar para que el ascensor bajara, esperar de pie, coger el móvil o doblar el periódico estaban marcadas por un aura de sensualidad y exquisitez que volvían a producirme esa sensación de inquietud constante, un placer que se estaba haciendo adictivo con solo mirarlo.

—Ahora, cuando me reúna con los clientes, fijate bien en cómo trabajo y toma nota de todo y, cuando digo todo, me refiero a todos los detalles, por muy intrascendentes que te parezcan: describe cómo se visten, cómo saludan, cómo se sientan, tipo de zapatos, etc. Todos esos detalles son fundamentales para futuras reuniones con estos clientes y con otros — me susurró mientras subíamos en el ascensor y fue entonces cuando sentí de cerca la fragancia oscura de la que hablaba antes, una fragancia dulce y áspera al mismo tiempo que me poseía, que anulaba mis sentidos de repente.

—Haré todo lo que me pide y así aprenderé, porque lo que quiero, Sr. Evans, es aprender de usted — susurré también mientras él esbozaba una leve sonrisa de conformidad.

Entramos al despacho de aquella empresa, siguiendo a la secretaria. Mi jefe le pidió dos capuchinos que ella trajo enseguida.

El Sr. Evans me entregó un bloc de notas y vi que se concentraba en unos documentos. Apenas sorbió de su taza cuando los clientes pasaron al despacho. Tres hombres y una mujer enfundados en negro. El Sr. Evans estuvo especialmente encantador.

Encontró enseguida una forma de disuadirlos, pues había averiguado que uno de los clientes era amante de la pintura así que se puso a comentar algunos aspectos sobre las últimas exposiciones que habían llegado a la ciudad. Estaban todos encantados al escucharlo y yo también. En menos de media hora, habían llegado a un acuerdo. Yo tomé nota de todo: descripciones físicas, maneras de expresarse, silencios, movimientos de manos, etcétera. De vez en cuando el Sr. Evans me miraba y me hacía un gesto de serenidad con su mano derecha, indicándome que todo iba muy bien.

Al acabar la reunión y, tras despedirnos de los clientes, salimos del despacho y dio un salto.

—Lo logramos, Davinia.

—Me alegro mucho por usted.

—Parecía fácil, pero no lo era — comentó él sin dejar de sonreír.

—Su apuesta por la pintura ha hecho que uno de los clientes simpatizara con usted enseguida. Le felicito de nuevo.

—Gracias. Hay que celebrarlo. Te invito a almorzar — dijo espontáneamente.

—Sr. Evans, tengo que ir a mi despacho y ponerme al día de mis funciones — dije yo con

timidez.

—Eso puede esperar. Voy a celebrar este contrato y a lo grande. Te vienes conmigo. Te lo ordena tu jefe — dijo entre irónico y serio.

—Está bien. Como usted diga.

—Por favor, tutéame. Llámame Peter, si no te importa —dijo acercándose a mí y mirándome a los ojos. Yo estaba cohibida e intimidada de nuevo por aquella forma de fijarse en mí.

Salimos del edificio y de nuevo subimos al coche que nos condujo a una zona residencial. A los quince minutos llegamos a nuestro destino. Yo estaba emocionada al verlo tan feliz. No paraba de llamar por teléfono y de comunicar la gran noticia de ese contrato. El coche se detuvo y ahí estaba El Mandala, un restaurante hindú del que había oído hablar siempre, pero cuyos precios astronómicos me impedían reservar una mesa.

Estaba emocionada. Y, aunque parezca mentira, pensaba que nada de esto estaba sucediendo. Todo estaba adquiriendo la forma de un cuento de hadas donde yo era una clase de princesa.

El Mandala estaba construido con madera y sus mesas circulares, colocadas estratégicamente bajo unas lámparas de luz blanca, aportaban ese componente mágico a mi particular cuento. Nos sentamos y vi que elegía con cuidado cada plato. Yo estaba en silencio.

Solamente sonreía cuando él me miraba o asentía con la cabeza dándole la razón en cada plato que escogía, entre otras cosas, porque yo no tenía ni idea de lo que estaba pidiendo. Comimos y bebimos. Al Sr. Evans no se le ocurrió otra cosa que pedir una botella de Dom Pérignon, un champán que nunca había probado y que no me esperaba yo que sirvieran en un restaurante hindú. Pero aquel restaurante era El Mandala, un restaurante de fama nacional y que tenía listas de espera durante meses.

—Está exquisito. Nunca había bebido este champán. Se sale de mi presupuesto — dije yo un poco avergonzada.

—Sabía que te gustaría. Te voy a decir una cosa sobre Dom Pérignon. La primera cosecha de Dom Pérignon fue de 1921 y solo fue puesta a la venta el 4 de agosto de [1936](#), después de la [Gran Depresión](#). Me encanta conocer la historia a través de los vinos. Es muy interesante. Dom Pérignon es una vendimia de champagne, lo que significa que solo se efectúa en los mejores años.

—¡Vaya! Estoy impresionada. No sabía nada de esto — dije yo ruborizándome después de

escucharlo.

—Yo sí que estoy impresionado — intervino de repente mirándome fijamente a la boca.

Temblé de nuevo e hice como que no lo había escuchado. Seguimos comiendo y hablando de mis funciones en el periódico. A la mañana siguiente, debía hacer un informe sobre la exitosa reunión de ese día. Era un placer estar con el Sr. Evans, mejor dicho, con Peter.

Al terminar de comer, el coche nos recogió y seguimos hablando. En esta ocasión, le comenté mi experiencia en El Herald, pero yo me di cuenta de que no me escuchaba, sino que me miraba solamente. Volví a tener esa sensación extraña, pero adictiva, de que estaba desnuda ante él, de que observaba cada centímetro de mi cuerpo.

Al llegar a la puerta de mi casa, el coche se detuvo y Peter me dio la mano para despedirse. Al cogerla, sentí el calor de un hombre único, el calor de un cuerpo que yo deseaba de algún modo, y no me refiero a hacer el amor con él, no, sino a tenerlo cerca mirándome como lo estaba haciendo en ese instante. Antes de bajar del coche, me dijo.

—— Davinia, tenemos que repetirlo.

—Estaré siempre a su entera disposición — dije mirándolo fijamente a los ojos.

— Así me gusta — dijo mientras me guiñaba el ojo y me daba un beso en la mejilla.

Me pasé toda la tarde fantaseando, no dejaba de darle vueltas a sus miradas y a su forma de tratarme tan seductora, estaba flotando en una nube, sabía que me iba a despertar de un porrazo en el suelo, seguramente todo sería producto de mi imaginación pero no podía dejar de volar con ella.

Encendí el Facebook y empecé a buscar a Peter para ver si tenía, me sorprendió con un tipo como él si lo tuviese, se me pasó por la cabeza pedirle amistad pero sabía que la iba a cagar, solo de pensarlo me entraba la risa, pero eso sería un atrevimiento muy grande por mi parte, así que me puse a bichear lo poco que tenía de forma pública, pero por los me gusta que había en su foto de perfil debía de ser un tipo muy seguido.

En ese momento sonó una notificación y por poco tiro la lata de Coca Cola de la mesa al descubrir que era de Peter pidiéndome amistad.

Acepté inmediatamente, me esperaba toda la tarde noche tirada en el sofá revisando su Facebook, me molaba mucho la idea, así que me puse manos a la obra y pensé que quizás él estaba haciendo lo mismo.

Tenía en sus contactos a 1300 personas, ante las apenas doscientas que yo tenía, cada cosa que compartía superaba los 400 me gusta, la mayoría de chavalas babeaban cuando colgaba una foto de él, entre ellas había varias de una preciosa casa que indudablemente sería suya, cada foto radiaba elegancia y glamour.

De repente recibí una notificación con un me gusta por parte de él, abrí la foto para ver a cual había dado el me gusta y era una del verano pasado en la playa en bikini, me quedé mirando la foto fijamente sonrojada, parecía como si me estuviese mandando un mensaje.

Me dieron ganas de hacer lo mismo así que se busqué entre sus fotos y en una que salía con jacuzzi tomando una copa de champán le di un me encanta, si él se atrevía a jugar con mi perfil, yo haría lo mismo con el suyo, me sentía débil a su lado pero a la vez estaba dispuesta a darle guerra.

Guardé algunas de sus fotos para... Bueno, no sabía por qué o para qué, pero me las guardé para verlas mejor en otro momento.

Ya era tarde cuando estaba relajada en la cama y debería de estar en el quinto sueño, ya, el día había sido agotador en general, pero no podía dormir.

Cogí el móvil y vi que tenía mensajes de WhatsApp sin leer, con el día de nervios que llevaba en compañía del Señor Evans, ni cuenta me había dado.

Me puse a leerlos y a la mayoría los ignoré, ya les contestaría en otro momento.

Me extrañó tener varias llamadas perdidas de mi hermana, así que la llamé, asustada.

—¿Estás bien? — pregunté nada más que saludó.

—Sí, ¿y tú?

—Sí, claro, me asustaste con tantas llamadas.

—Estaba esperando que me contaras cómo había ido el primer día de trabajo, pero ya veo que ni te acordaste de llamarme.

—Lo siento, Carla, estaba muy nerviosa y ni cuenta me di.

—Tú y tu manía de vivir en los mundos de yupi, a ver si empiezas a despertar ya de ese estado de ensoñación.

—No digas tonterías. El trabajo está muy bien, los compañeros perfectos, muy agradables y el jefe bien — terminé con un hilo de voz.

—¿El jefe qué?

—Bien — dije algo más fuerte.

—¿Desde cuándo un jefe está bien?

—¿De qué estás hablando?

—No sé, me ha sonado rara la respuesta. Así que venga, desembucha.

—No entiendo — me hice la tonta, como siempre.

Me levanté de la cama y fui a la cocina para tomarme un té mientras hablaba con ella, conociéndola, sabía que se alargaría la conversación.

Mi hermana Carla era cuatro años mayor que yo y llevaba poco tiempo divorciada, se casó siendo la mujer más enamorada del mundo y, un año después, estaba soltera de nuevo.

No tenía mucha paciencia con los hombres, incluso a veces pensaba que los odiaba, pero ella era así. Los usaba para un rato y los dejaba, por eso nunca entendí cuando decidió casarse.

—A ver, Davinia. Primero, es tu jefe, eso ya, de por sí, significa que no puede estar bien.

—No entiendo por qué, es buen jefe según sus empleados y conmigo ha sido amable.

—Segundo — siguió ignorándome—, es un hombre.

—No lo había deducido — sonreí al verlo en mi mente, señor...

—No seas irónica. No te dejes engañar, Davinia, todos los tíos son iguales, van a intentar follarte y nada más. Que sea viejo o calvo o...

Empecé a reírme a carcajadas, mi hermana y sus conclusiones.

—¿Qué te pasó? — preguntó.

—¿Viejo y calvo?

—Bueno, es un decir.

—No, ya, y tanto... Mira, Carla, no conozco al Señor Evans demasiado, pero de viejo y calvo tiene lo que tú de monja.

—Ya sea el mismísimo Brad Pitt, no te fíes nunca.

—Nunca.

—Siempre van a lo mismo.

—Aha...

—Porque son unos cerdos.

—Claro...

—¿Me estás escuchando?

—Sí, claro, como siempre.

—Estaré pendiente, Davinia, tengo que cuidar de ti.

—Sí, viene en el título de hermana mayor.

Se calló unos segundos y suspiró.

—Lo siento — dijo apenada —, solo quiero que no vuelvan a hacerte daño.

—Tuve rupturas, como todos, nada que me haya matado, no te preocupes, sé cuidar por mí misma.

—Mmmm. Por eso te controlaré. Te quiero.

—Y yo.

No quería reprocharle nada, evitaba que sufriera lo mismo que ella, pero yo era mucho más madura, no iba a lo loco con los hombres. Me tomé el té y me fui a la cama. Puse la alarma en el móvil y lo apagué mientras pensaba en el Señor Evans. Me daba la sensación de que iba a ser un problema.

Capítulo 3

Tengo que decir que estaba nerviosa. Después de aquel día en el que todo fueron nuevas emociones, tenía la sensación de que mi trabajo en el Diario Sol formaba parte de un sueño, de un sueño demasiado largo, del que despertaría en cualquier momento.

El tema del Facebook también me había dejado bastante descolocada, pero lo veía como un juego, al que yo estaba dispuesta a jugar.

Al llegar a mi mesa, parecía que recuperaba esa normalidad que había tenido en El Heraldillo, bueno, si podemos llamar “normalidad” al estrés, a redactar veinte minutos antes de que el periódico entrara en máquinas o a tener a tu jefe mirándote el cogote para asegurarse de que no levantabas la cabeza del teclado.

Todo aquello quedaba ya en el pasado, ahora tenía que vivir esté presente, en este nuevo empleo.

En el Diario Sol las secciones tenían varios departamentos y así se trabaja con más eficiencia, pues grupos pequeños de periodistas y publicistas se encargaban de tareas muy concretas. Eso hacía que se rindiera más y mejor, sin tener que soportar la ansiedad que causaba trabajar a contrarreloj un día tras otro. Estaba ordenando los archivos aquella mañana y Manuel, amablemente, me había dejado un café sobre mi mesa. Se veía un chaval simpático, extrovertido, con capacidad organizativa. No era un chico tan guapo como el Sr. Evans, pero su ternura y esa amistosa, a la vez que discreta, forma de presentarse y de hablar conmigo lo hacían atractivo.

Desde que había llegado al periódico, tuve la sensación de que el clima de trabajo era muy bueno. Natalia y Desirée se llevaban genial y no paraban de hacer chistes e intercambiar chismorreos. Aquel ambiente tan agradable agilizaba el trabajo, aunque pudiera parecer que era al contrario. Manuel era el que se encargaba de las llamadas y de ultimar informes y facturas. Natalia, que era la más creativa, ayudaba en labores de rotulación y selección de colores para los anuncios, mientras que Desirée se encargaba de construcción de frases, eslóganes y de buscar referencias que inspiraran a los nuevos anuncios.

Mi tarea era similar a la de Manuel. Me encargaría de redactar informes, de hacer algunas entrevistas, de buscar clientes y de organizar materiales para las próximas campañas. No era un trabajo difícil, pero es cierto que necesitaba mucha organización y capacidad de

concentración para que ningún cliente se sintiera molesto.

—Fue una pena que se jubilara Matilde, ¿sabes? — me comentó Natalia.

—Espero hacerlo bien, quiero estar a la altura.

—Te voy a decir una cosa, Davinia. Creo que eres una tía de puta madre. Para mí es muy importante la primera impresión y esa primera impresión ha sido positiva. Me he alegrado mucho de que formes parte de nuestro equipo.

—Te lo agradezco, Natalia. Hay muy buen ambiente de trabajo. Lo percibo. En El Heraldó era todo una locura — dije yo con un tono serio.

—La gente me llama Naty. Llámame Naty, por favor.

—Vale, Naty. Me refiero que aquí todo funciona de diferente forma.

—Este periódico ingresa mucha pasta — intervino Manuel.

—Entiendo. Y eso facilita las cosas — dije yo.

—Exacto. Invierten en recursos humanos constantemente. En otro periódico, después de una jubilación, no se habrían molestado en contratar a nadie — repuso Manuel sin apartar la mirada del monitor.

—Eso es cierto. Luego, al no trabajar tan estresados, el personal está más relajado y piensa mejor, y se hacen las cosas de forma más meticulosa. Todo eso repercute en la calidad del periódico — añadió Desirée con unos papeles en las manos mientras se sentaba en su mesa.

—En El Heraldó yo he visto volar tazas de café y sillas. Y yo me acostumbré a ese ambiente, pues pensaba que era lo normal.

—¿Qué me vas a contar? Antes de venir a esta empresa, trabajé en muchos periódicos y revistas. Y era el infierno. Para una mierda de sueldo — dijo Natalia con acritud.

—Aquí no te vas a hacer rica, pero pagan bien y el nivel de estrés tiene sus picos algunos meses, pero el resto del año es igual que ahora. Van fluyendo las campañas y el ritmo solamente se acelera si nosotros queremos — volvió a intervenir Manuel.

En aquel momento en el que todos parecían haberse abierto a mí, me entraron ganas de

preguntar por el Sr. Evans, pero no me atreví. No quería que comenzaran a criticarlo, pues yo, desde hacía menos de cuarenta y ocho horas, tenía idealizado a aquel hombre con el que no cesaba de fantasear.

Pero, por el ambiente de trabajo que se respiraba allí, parecía que Peter Evans no era un dictador, ni un jefe, como los que tuve yo en El Herald, que solamente pensaban en gritar a sus trabajadores, en someterlos a una severa disciplina de trabajo donde el periodista era una especie de máquina o autómeta, y no un ser humano con sus preocupaciones y sentimientos.

Una vez que comprobé en el menú de mi ordenador dónde estaban mis archivos, me dispuse a realizar el informe de la reunión del día anterior. Según redactaba, no podía olvidar cómo había transcurrido aquel día en el que, tras el éxito de la firma, mi jefe me llevó a un restaurante exquisito donde por primera vez probé aquel champán magnífico. Me embargaba una alegría difícil de describir. Desirée, más lista que el hambre, me lo notó en la cara según iba yo redactando.

—¿Has conocido ya a Evans? — me preguntó directamente, esbozando una sonrisa.

—Sí, estuve en una reunión con él — me sonrojé al contestar.

—Te ha gustado, ¿verdad? — añadió Natalia desde la otra esquina.

—No. No puedo hablar de eso. No me parece apropiada esa pregunta. Lo siento — titubeé al contestar y me puse muy nerviosa.

—Dejad a la chica en paz. Sois unas cotillas — intervino Manuel para ayudarme contra aquellas dos felinas.

—Solamente estamos cotilleando, Manuel. No te metas donde no te llaman. Peter Evans, el tío más bueno de todo este edificio, y no lo digo yo. Se le adjudicó ese título cuando apareció por primera vez con su traje y con su maletín en el hall de la planta baja. Los correos electrónicos de todas las oficinas y las empresas ardieron aquella mañana — comentó Desirée.

—Sí, parecía que había entrado el Señor Grey. A mí me parece que no es para tanto — apostilló Manuel sabiendo que encontraría el enfrentamiento.

—¿Que no está bueno? Manuel, ¿te has mirado en el espejo? —preguntó Natalia con un tono pícaro y burlón.

—Sois unas petardas — respondió Manuel riéndose de la situación.

—Davinia, responde y sé sincera. ¿Está bueno? — preguntó Natalia con ansiedad.

—No sé qué decir. Todo esto es nuevo para mí. No debo contestar a esa pregunta — dije yo con timidez.

—Mal nos vamos a llevar como vayas de mosquita muerta con nosotras. ¡Contesta, coño! — exigió Natalia con fuego en los ojos.

—Será mejor que contestes porque, si no es así, no te van a dejar vivir en paz — me aconsejó Manuel con una sonrisa.

—Bueno. Es un hombre muy guapo. Pero voy a seguir trabajando, si no os importa.

—No, lo normal es que no nos importe, pero nos importa, somos unas cotillas. ¿Le has visto ese culo? — siguió Desirée, erre que erre.

—No suelo mirar el culo de mis jefes — mentí como una bellaca. Aunque no era una mentira en sí, no les miraba los culos a mis jefes, el Señor Evans era una excepción.

—¿Eres lesbiana?

Mis compañeras empezaron a reírse y yo me quedé mirando a Manuel con cara de circunstancia.

—Manuel, se te está pegando lo malo al final — dijo Natalia entre risas.

—No, joder, lo pregunto en serio. Perdón si te molesté, Davinia, no hay nada de malo en ser lesbiana.

—Claro que no — dije yo, eso era obvio.

—Solo era curiosidad — insistió Manuel.

—Manuel, algún día tenía que pasar. Te juntas con el lado oscuro — Desirée le guiñó un ojo.

—No soy lesbiana — dije.

—Tranquila, no tienes que decirlo si lo eres — insistió Manuel.

—Que ya lo sé, pero que no lo soy y... Joder, dejadme trabajar.

Natalia y Desirée se miraron con complicidad y se rieron. Manuel giró la cabeza y volvió a teclear. Estuvimos una hora en silencio y, cuando acabé mi café que se había enfriado, sonó mi móvil. No me lo podía creer. Era un mensaje de Peter.

“En una hora te espero para ir a comer. No te retrases, por favor.”

No sabía qué contestar. Un sudor frío recorrió mi espalda. Desirée me miró con ojos de depredadora. Yo creo que Natalia y ella se olían algo.

Me pasé un buen rato mirando el móvil con disimulo leyendo y releendo el mensaje.

“Te esperaré en la calle.”

No volvió a responder, cuando terminé la jornada salí abajo y me quedé en un lado de la puerta fumando un cigarro cuando de repente apareció el y me lo arranco de la boca y lo tiró al suelo a la vez que me guiñaba un ojo y me decía con la mano que lo siguiese hasta el coche en el que le estaba esperando su chófer.

No sabía adónde íbamos, el chofer ya lo tenía claro mucho antes de montarnos, así que me limité a callar tímidamente mientras él me observaba con una suave sonrisa en sus labios sabiendo que provocaba en mí un nerviosismo irrefrenable.

Llegamos delante de un casoplón del que se abrieron las puertas automáticamente, cuando el coche entró, pude reconocer esa casa por las fotos del Facebook de Peter, lo miré impactada mientras él sonreía con más astucia.

Bajamos del coche y me invitó a pasar adentro.

—Eres a la única empleada que he traído a mi casa.

—Debo sentirme entonces halagada — dije sonrojada.

—Ven, vamos para el jardín trasero, nos tienen preparada una succulenta comida.

—Veo que lo tienes todo controlado — solté como parrafada ya que estaba bloqueada ante todo lo que me imponía.

—Casi todo — volvió a guiñar su ojo.

Nos sentamos en esa preciosa carpa que tenía en un lado del jardín frente a la lujosa piscina, una chica del servicio comenzó a servir la mesa, a la vez que otro chico nos descorchaba una botella de vino, cuando nos lo dejaron todo colocado Peter con la mirada les dejó claro que ya podían retirarse.

—Tienes algo, Davinia — dijo mientras levantaba su copa.

Eso me dijo casi sin respiración ¿Cómo que tenía algo? ¿Se me estaba insinuando? ¿Se refería al trabajo? Opté por sonreír y dar un buen trago.

—Usted también tiene algo — respondí mientras ponía la copa sobre la mesa y le guiñaba un ojo, estábamos fuera del trabajo y aunque me sonrojara, pensaba jugar.

—¿Solo algo? — pregunto sonriendo y mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, ni más ni menos, igual que yo...

—¿Nunca has ido a casa de ningún jefe a comer? — preguntó con aire seductor mientras volvía a rellenar las copas de vino, sin dejar de esbozar una sonrisa pícaro.

—No, nunca me vi en la obligación de tener que hacerlo, ¡gracias a Dios!— volví a agarrar en la copa para dar otro buen trago.

—¿Estás ahora aquí por obligación? — preguntó esta vez de forma seria.

—Para nada, créeme que si no hubiese querido, me hubiese ido aunque sea andando...

—Me dejas más tranquilo... — volvió a aparecer su preciosa sonrisa en su rostro.

—Me estás intimidando con la mirada — solté sin pensarlo, aunque cada vez era más difícil hacerlo debido a las copas de vino.

—Veo que es fácil hacerlo...

—¿Pero tú te has visto? ¡Me tienes acojonada! — dije muerta de risa.

—No, no me veo, pero dime tú ¿Cómo me ves? — preguntó intimidándome aún más.

No sabía si contestarle, salir corriendo o ponerme directamente en pelotas, pero como estaba fuera de horario y pensaba jugar decidí responder a pesar de que estaba avergonzada perdida.

—Poderoso, te veo poderoso — dije sin más mirando a la copa a la vez que la agarraba para dar otro trago, estaba bebiendo más que comiendo, pero es que la situación lo requería.

—¿Poderoso? Defíneme poderoso...

—Poder, respeto, elegancia, clase, sensualidad.... ¿Te defino mejor todo eso que desprendes? — respondí con una sonrisa irónica y chulescamente.

No sabía cómo era capaz de decir todo eso, una cosa era pensarlo y otra decírselo, yo no era tan lanzada, pero ese hombre me trastornaba y sacaba esa parte de mí que creía tener dominada.

—¿Sensual? ¿Te parezco sensual, Davinia? — preguntó con cara sugerente

—Ya lo sabes.... estás encantado de conocerte —dije mientras le ponía cara de burla y él se echaba a reír.

—No creo que en ningún momento haya alardeado de nada de eso, pero veo que a ti te lo parece, me parece muy sugerente...

—Échame más vino, por favor — dije mientras me bebía la copa de un trago.

—Como sigas bebiendo así, vas a perder el control, luego no me hago responsable...

—Imagino que al menos me pondrás el chófer para que me lleve a mi casa — puse los ojos en blanco.

—La última que te sirvo de vino, luego iremos a la otra parte del jardín a tomar una copa, ¿te parece?

—Me parece que al final eres tú el que me quieres emborrachar...

—Puede ser...

Estábamos coqueteando claramente, me sentía cada vez más cómoda junto a él, terminamos de comer y nos fuimos a un precioso rincón con una barra y llena de licores y botellas de alcohol, rápidamente vino uno de los chicos del servicio y no sirvió dos gin tonic, nos sentamos en los taburetes, el chico se retiró quedando pendiente a nuevo aviso, ahora tenía al lado sentado a Peter, no enfrente como en la mesa en la que habíamos comido, estábamos relativamente juntos, eso me volvía a poner un poco más nerviosa y tensa.

Me quité la chaqueta que llevaba, el calor estaba apretando ese día de mayo, me quedé con una camiseta de mangas cortas y escote pronunciado, veía como se le iban los ojos de vez en cuando hacia mis pechos y luego me miraba a los ojos sonriendo sensualmente.

Comenzó a contarme un poco cómo construyó esa casa, todo al detalle escogido por él, aún no lo había visto por dentro, solo había cruzado la casa para ir al jardín trasero, me dijo que más tarde me la enseñaría.

De repente se levantó y se fue para atrás de la barra, hacia una mini cadena que había, la encendió y me dijo que iba a poner un poco de música, me sorprendió que fuese a Sergio Dalma al que había elegido para ese momento, de repente comenzó a sonar una canción muy especial para mí, como también lo era aquel artista.

Vino hacia mí, me levanto del taburete, me agarró con una mano por la cintura y con la otra cogió mi mano y comenzó a bailar al ritmo de la música y a cantarme al oído.

*Juro por las patas de mi cama, que aunque no parecen nada
me sujetan cuando duermo,
que si hoy te quedas a mi lado, subiré como un esclavo.*

*Por tu espalda y por tu pecho.
Juro por la funda de mi almohada, que es mi amante más callada
y comparte mis secretos,
que si hoy te quedas a mi lado, lucharé como un soldado
en una guerra de besos.*

*No me digas que no, tú no, que el corazón no aguanta tanta soledad
no me digas que no, hoy no, que necesito un sueño para continuar.*

*No me digas que no, que muero.
Juro por los dioses más famosos, los que todos conocemos
en estado gaseoso,
que si hoy te quedas a mi vera, yo seré la primavera
que amanezca ante tus ojos.
Juro por la sombra diluida, la que siempre me acompaña,
aunque yo no se lo pida
que samaritana si te quedas, me enredare en tus caderas
como me agarro a la vida.*

Estaba casi temblando entre sus brazos, pero me sentía la mujer más especial del mundo y no quería que la canción acabase por nada, escuchar esa voz cantando a mi oído, hacía que todo mi cuerpo se elevase, me sentía protegida entre sus brazos hasta me sentí deseada, siguió cantando cada vez más cerca de mis labios casi pude sentirlos en los míos en más de un momento mientras me cantaba, ese tono estaba consiguiendo que me derritiera, emitía un voz perfecta para ese momento.

Cuando terminó la canción, sonriendo, me agarró para que volviese a sentarme en el taburete y él hizo lo mismo pero en este caso su mano estaba apoyada sobre mi muslo, a mí casi me faltaba el aire.

La música de Sergio Dalma seguía sonando y él cantaba mientras me sonreía, se notaba que estaba muy cómodo conmigo, me seguía imponiendo mucho pero me tenía en constantes risa floja.

Después de un rato charlando me enseñó su casa, era impresionante jamás había imaginado tan buen gusto en cada rincón, no le faltaba detalle y tenía un dormitorio principal con toda una pared cristalera con una vista impresionante a los exteriores de la casa y unos jardines que había fuera de ella.

Le dije que ya debía de irme ya que debía de descansar para el día siguiente, puso cara triste y me dijo que me comprendía, me acompañó hasta mi casa en el coche con su chófer, me llevaba todo el camino agarrado el muslo y haciéndome gestos de cariño, estaba creando en mí una gran tensión sexual.

Se despidió con una bonita sonrisa y poco más, radiando su carácter seductor.

En mi casa ya no sabía qué hacer, los nervios iban a acabar conmigo. Mejor dicho, ese hombre iba a acabar conmigo. La tensión sexual aun me duraba y ya no sabía qué más hacer para relajarme. Y no,

eso que todos estáis pensando no lo iba a hacer.

Me tomé un par de cafés y un té pero nada, mi pierna no paraba de moverse aunque intentara relajarme.

A ver, Davinia, piensa...

A mi hermana no la iba a llamar, para que me contara lo capullo que eran los hombres siempre había tiempo. Y si encima le añadía que quien me estaba poniendo las hormonas revolucionadas era mi propio jefe, tendría sermón para los próximos 20 años.

A mis antiguas compañeras de trabajo o amigas tampoco, no precisamente para contarles eso cuando hacía tiempo que no hablábamos.

Vale, seamos realistas, no tenía amigos en sí, me pasaba el día siempre trabajando y, confiar, solo confiaba en mi hermana, pero tampoco hasta ese extremo.

A mis nuevos compañeros de trabajo...

No, ¿cómo les iba a hablar de lo que me estaba pasando con nuestro jefe? A saber lo que iban a pensar de mí si, con el poco tiempo que llevaba allí, ya comía en casa del Señor Evans.

Me levanté y cogí una libreta.

“Querido diario.”

Arranqué la hoja. Eso era de adolescentes.

“Estimado Señor Diario.”

No sonaba muy normal pero tampoco lo era lo que estaba haciendo.

“Mi jefe me pone un montón.”

Me reí a carcajadas, estaba perdiendo la cabeza.

Al final acabé dibujando la cara de él. Arranqué el folio, me acosté en la cama y lo puse en la almohada para poder verlo.

Ahora estaba claro, tenía un problema.

Capítulo 4

Estaba confusa. No. No es palabra exacta. “Confusa” es una palabra que se queda corta. Estaba obnubilada, hechizada, extasiada y decenas de adjetivos acabados en “ada”. Ahora ¿qué iba a hacer yo? Volvía a la oficina con mis compañeros, con unos compañeros que eran unos guasones. Enseguida que me vieran entrar por la puerta iban a preguntarme qué había sucedido en mi vida porque la cara de felicidad que llevaba, por no decir algo peor como “la cara de gilipollas que llevaba”, era imborrable y no se podía disimular.

—Hola, Davinia. Buenos días. Se te ve feliz —dijo Manuel con discreción.

—Sí, es gracias a vosotros, pues me encuentro muy cómoda aquí —dije yo fingiendo ingenuidad.

—Buenos días, ¿qué tal el señor Evans? — preguntó Natalia con ironía.

—No sé de qué hablas. No me preguntéis más por él. No sé nada — callé de repente y me escondí detrás de mi ordenador.

—Vas de mosquita muerta, Davinia. Y, como no nos cuentes de qué va todo esto, no te dejaremos vivir y ya no serás nuestra amiga — apareció Desirée por la puerta.

—Pero yo no sé nada. Yo no he hecho nada. Dejadme en paz — dije yo sintiéndome acorralada.

—Parad ya. Que al final la vais hacer llorar. Vamos a ponernos a trabajar, por favor — pidió Manuel con tono desenfadado.

—No te preocupes, Manuel. Nos ponemos enseguida, pero esto es muy fuerte. Nuestra Davinia se ve con nuestro Peter — soltó Natalia de repente con una ironía incisiva.

—Vamos a ver. Todo han sido reuniones de trabajo. No hay nada — dije yo con timidez.

—Sí, claro. Y, ¿por qué no se reúne conmigo? —preguntó Natalia.

—¿Tú te has visto en el espejo? — Manuel le devolvió la pulla del día anterior.

—Me cago en tu madre ahora que no me oye. ¡Qué cabrón eres! — dijo riendo Natalia.

—Naty, Manuel tiene razón. Davinia es una Barbie y nosotras somos de hueso ancho. Bueno, quiero decir que somos mujeres maduras — comentó Desirée muerta de risa.

—Mirad. No hay nada entre ese hombre y yo. Solamente intenta ser amable y quiere informarme de sus avances con nuevos proyectos que beneficiarán a la empresa y a este departamento — dije yo más animada, cuando comprobé que el ambiente era más distendido.

—Bueno, por ahora, te vas a escapar. Pero, con ese nombre, Davinia, seguro que escondes algo. No puede haber nada bueno detrás de una mujer con ese nombre — dictaminó Natalia antes de ponerse con el programa de rotulación.

Respiré hondo en aquel momento y me metí de lleno en el trabajo. Un nuevo cliente quería saber un presupuesto para anunciarse durante un mes y me puse manos a la obra. Mientras estaba tecleando, pude comprobar que Desirée y Natalia no dejaban de observarme.

—No te lo tomes como un acoso, Davinia — dijo Desirée.

—Estamos intentando leer tu mente. A mí me encantan los temas paranormales — añadió Natalia con seriedad.

—No te preocupes, Davinia, esto es solo el principio. Ya te irás acostumbrando. Están las locas y luego están estas dos — intervino Manuel sabiendo que se exponía a lo peor.

—Cállate, Manuel, que, desde que ha llegado la nueva se te ve muy subidito. Que no eres su padre, ¿me oyes? —dijo Desirée.

—¿Celosa, Desirée? — preguntó Naty para chincharla un poco.

—¿De quién? ¿Del hombre sin sangre? — contraatacó esta.

—Es como hay que ser para soportaros a vosotras dos. O eso, o hubiera perdido la cabeza hace mucho dijo Manuel con su tranquilidad característica.

—Para perderla, primero tendrías que tenerla — replicó Desirée.

—¿En serio te gusta? — le pregunté a ella.

—El jefe te está afectando más de la cuenta — dijo ella en tono enfadado.

—No te enfades, Desi, ya todos sabemos que soy irresistible — dijo Manuel y Naty se moría de la risa.

—No sé en qué momento se ha vuelto la conversación en mi contra — siguió Desirée—. Davinia, nos enteraremos de todo, quieras o no.

—Eso tenlo por seguro — suspiró Manuel.

Opté por callarme y seguir escribiendo. Si aquellas dos supieran todo lo que había pasado el día anterior, la que se montaba. No podía con el dolor de cabeza. No estaba acostumbrada a beber y la fiesta de la noche anterior me estaba pasando factura. Natalia seguía mirándome fijamente cual leona que va a por su gacela en la sabana y yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

Menos mal que Manuel estaba allí y se dio cuenta de lo que me pasaba. Se levantó en silencio, sin arrastrar su silla, y se acercó a mi mesa. Me dio una aspirina que llevaba en un pastillero y luego fue hasta la máquina de Nesspresso a prepararme un café.

—Sí que te gusta ser cortés, Manuel. Conmigo no te has portado así — intervino Desirée, esbozando una sonrisa.

—Tú sabes cuidarte sola. Hay leyendas negras sobre ti que circulan por toda la ciudad — contestó Manuel con sorna.

—¿Y de tu madre no hay leyendas? — preguntó Natalia bruscamente con intención de defender a Desirée.

—Mi madre es una señora muy fina y discreta. Mis abuelos no la engendraron en una noche de tormenta como a otras — la frase fue directa a la yugular de Natalia que se quedó perpleja.

Me entraron unas ganas de reír tremendas, pero me aguanté, porque la cosa se estaba poniendo muy fea. De repente, Natalia y Desirée recularon y volvieron a lo suyo, no sin antes tener la última palabra.

—Esto no va aquedarse así, Manuel — dijo Naty.

—Eso seguro, porque tenemos trabajo que si no... — siguió Desirée.

—Mmmm... — las ignoró Manuel.

La campaña de verano estaba al caer y el Diario Sol tenía que sacar muchos anuncios de moda y viajes. Pasaron las horas y a mi cabeza venían recuerdos de la noche anterior. Había logrado que mi fantasía se hiciera realidad. El Sr. Evans o Peter había estado cerca de mí.

Había sentido su fragancia oscura. Su forma de tocarme, de rozar mis labios y de cautivarme con su verbo me excitaba. Era difícil fingir que no había pasado nada. Era difícil callar a Natalia y a Desirée lo que estaba experimentando mi corazón. Me habría encantado contarles con todo lujo de detalles todo lo que había sucedido entre aquel hombre y yo.

Sobre todo explicarles todo lo que estaba sintiendo solo con pensar en él, pero a veces pensaba que no era necesario, esas dos eran más listas que el hambre, y yo tenía que intentar fingir.

Sí, debía contenerme, especialmente por mi puesto de trabajo. Había hecho algo que no debía haber hecho y era mezclar mis sentimientos con mi trabajo. No le di importancia en aquel momento. Caí en las redes de aquel hombre, pero ahora, que estaba concentrada en el presupuesto, me percaté de que algo así no podía salir bien. No sé qué intenciones tenía el Sr. Evans, pero estaba claro que aquello no era la relación seria y profesional de un jefe y su empleada.

Ni mucho menos. Habíamos sobrepasado unos límites que nunca debimos haber sobrepasado. Posiblemente el alcohol influyó, pero no, no fue el alcohol, sino su manera de tratarme desde el principio, con esas indirectas y frases ambiguas. Parecía que quisiera ligar conmigo desde la primera vez que me vio o quizá fuese yo la que interpretaba sus intervenciones con un sentido figurado, próximo al erotismo y la sensualidad.

Nunca me había considerado una mujer preocupada por el sexo, ni obsesionada con los hombres, con sus cuerpos. Me gustaban los hombres guapos como a cualquier mujer, pero nunca había fantaseado con ellos. Mis relaciones sentimentales, al ser tan desastrosas, me habían transmitido una imagen de los hombres bastante vulgar y poco atractiva.

El salido de Richard y el micropene de Javier me habían inducido a pensar que el matrimonio era una condena o una autopista hacia el suicidio. Más de una vez se lo había comentado a alguna de mis amigas que me tildaban de exagerada y soñadora. Recuerdo que Lucy me lo repetía constantemente.

Por cierto, Lucy... En ella sí podía confiar. Resoplé de alivio al pensarlo, al menos había alguien a quien podía contarle todo lo que me estaba pasando con el Señor buenorro. Por lo menos sabía que era sincera, como el día que me dijo:

—Tú piensas que te vas a casar con uno de esos actores que salen en esas películas de Hollywood, con George Clooney o Gerard Butler, pero baja al suelo porque lo que vas a encontrar son tipos como el Richard o ese Javier, salchicha pequeña.

—No seas cabrona, Lucy. Solamente estoy diciendo que, después de estos años, esperaba encontrar algo mejor.

—Pues, no. Oye y date con un canto en los dientes si el tipo trabaja y te invita a una hamburguesería. No tienes ni idea de cómo está el mercado y, conforme cumplas años, la cosa empeora. A partir de los treinta y pico, solamente encuentras viudos, locos y zumbados, o raros. No te digo más — dijo Lucy con mucho desparpajo.

—¿A qué te refieres con “raros”? —pregunté con ingenuidad.

—Tuve un novio de cuarenta y pico, Davinia, que dormía en la cama con su madre. No se despegaba de ella ni para ir al aseo. No te voy a seguir contando que quiero cenar.

Aquellas palabras de Lucy siempre me parecieron muy acertadas. Sin embargo, ahora me encontraba con un tipo que no se ajustaba a esos perfiles y que me había abducido por completo. No sabía si tomarme en serio lo que había pasado entre Peter y yo. Ahí estaba yo, en mi mesa, esperando a que en cualquier momento sonara el móvil. Pero extrañamente aquella mañana no sonó. Sin que mis compañeros se dieran cuenta, telefoneé a su secretaria y ella me comunicó, tras darme varios rodeos y hacerme alguna que otra pregunta, que el Sr. Evans no había acudido esa mañana a su trabajo y que tampoco había justificado su ausencia.

Salí de trabajar triste, no lo había visto esta mañana y me ponía el estado de ánimo por los suelos, ni siquiera una llamada, un mensaje, una señal que me recordara que lo del día anterior no había sido algo pasajero, aunque no sabía que hacía esperando algo que sabía que nunca iba a llevar a nada.

Llegué a mi casa y me preparé un bocata, no tenía ganas de ponerme a cocinar, me cambié de ropa y me tiré en el sofá, me lo comí casi sin apetito, tenía la moral por los suelos y el único que conseguiría levantarla sería él.

La cabeza no dejaba de dar vueltas, debía de olvidarlo, esa era la única conclusión que sacaba de todo esto, pero la más difícil de todas ya que en las decisiones del corazón es muy difícil intervenir, sabía que me había ilusionado demasiado rápido y estaba haciendo una historia paralela a la que quizás él estaba viviendo.

Me fui a dormir a las diez de la noche, sabía que me iba a costar conciliar el sueño pero iba a intentarlo ya que necesitaba descansar, mi mente era una bomba que en cualquier momento podía explotar.

Pues nada, le tocaría a Lucy aguantarme un rato.

—Pero no me lo puedo creer, hasta que te acuerdas de que tienes una amiga. Con eso de que ya trabajas en las altas esferas, los pobres somos clase aparte, ¿no? — dijo nada más coger mi llamada.

—Lo siento, Lucy, no tengo perdón pero no digas estupideces.

—No lo has hecho bien, Davinia, he estado bastante preocupada por ti.

—Sí, lo imagino y te repito que no tengo vergüenza, pero me han pasado tantas cosas que no he sabido llevarlas.

—¿Estás bien?

—Si bien significa que me estoy pillando por mi jefe... No, no lo estoy.

Le conté con pelos y señales todo lo que había pasado, fue un alivio muy grande para mí poder desahogarme con alguien, pero seguía sin sentirme tranquila y mi humor no mejoraba.

Sobre todo cuando mi amiga, lo primero que me dijo fue: “Davinia, fóllatelo como si no hubiera un mañana”.

Corté la conversación diciéndole que la mantendría al tanto de todo (eso estaría aun por verse) y arrepintiéndome por haberle contado nada. Naty y Desirée eran santas al lado de Lucy, no había duda. ¿A quién se le ocurría? Lo que tenía que hacer era mantener todo eso como hasta ahora, en secreto.

Ahora lo único que necesitaba era descansar y que se me pasara el horrible dolor de cabeza.

Por la mañana llegué al trabajo y ni rastro de Peter, entré a mi despacho y allí estaba Manuel con una sonrisa preparándose un café, enseguida se puso a hacer otro para mí.

—Toma Davinia, no sé qué te pasa pero por tu cara sé que no te encuentras bien.

—Gracias Manuel, ayer estuve con fuertes dolores de cabeza — mentí para justificar mi estado.

—Vaya, espero que estas dos petardas hoy vengan más suaves y no te den mucho la tabarra, en el fondo son dos soles, se quedan en nada.

—Lo sé, no las tomo en serio, no te preocupes por eso.

—Le provoca celos de las continuas atenciones que vienes teniendo por parte del jefe en

los pocos días que llevas en nuestra empresa. ¡Cosas de mujeres! — dijo riendo y asintiendo con la cabeza

—Son imaginaciones de ellas — intenté quitar hierro al asunto.

De repente aparecieron por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y dando los buenos días con mucha alegría, intuí que luego soltarían alguna de sus bombas.

Menos mal que esta mañana se pusieron muy cómplices conmigo y le dieron por buscar la lengua a Manuel que disfrutabas respondiéndole a todo con mucha gracia y arte.

Un rato me llamó la secretaria para decirme que el Señor Evans me estaba esperando en su despacho, no me esperaba esa llamada y me quedé pálida ante la mirada atenta de mis tres compañeros.

—Disculpad, ahora vengo — dije intentando evitar que me preguntasen adónde iba.

—Parece que el jefe te echa de menos — soltó Natalia ante mi cara de pudor y la risa escandalosa de Desirée.

—¡ Qué bestias sois! — dijo Manuel alucinando con lo que había dicho Natalia.

Salí de allí sin contestar a ninguno, en ese momento estaba muy tensa y expectante a lo que me pudiese decir Peter, llegué seria hasta su despacho donde toque la puerta y escuché cómo decía que adelante.

—Buenos días, Davinia, siéntese, por favor — dijo en tono muy jefe.

—Buenos días, señor Evans.

—Quería comentarte que el próximo lunes tengo que volar a Bangkok, debo estar allí toda la semana.

En ese momento se me cayó el mundo encima, solo el saber que iba a pasar ese tiempo sin poderlo ver.

—Y, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría que me acompañases en este viaje, tengo confianza plena que me harás un buen informe de todo lo que suceda en aquellas reuniones a lo largo de la semana.

¿A Tailandia una semana con él? ¿Me estaría gastando una broma? En ese momento solo tenía ganas de hacer las maletas e irme ya, tenía ganas hasta de ponerme a saltar de la alegría, pero hice como él, comportarme de una manera estrictamente laboral.

—Si ve que es lo adecuado, puede contar conmigo.

—Bien, necesito que me envíes a lo largo del día una foto de tu pasaporte a mi secretaria para que haga las gestiones oportunas con la compañía aérea.

—Tengo una copia en mi email, ahora cuando vaya al despacho se la reenvío.

—Mañana viernes tómate el día de descanso, prepara tranquila todo lo que necesites para el viaje.

—No es necesario, señor Evans, tengo todo el fin de semana para hacerlo.

—Creo que no es necesario que te diga dos veces que te tomes el día de descanso.

—Está bien señor Evans, así lo haré.

—Mañana te pasaré los horarios del vuelo, también te indicaré a qué hora pasaremos por tu apartamento a recogerte.

—Me parece perfecto.

—Pues nada más por mi parte.

—Hasta el lunes, señor Evans.

—Hasta luego, Davinia.

Fui todo el pasillo pensando que era todo muy fuerte y que me iba una semana a Tailandia con ese hombre que me estaba haciendo suspirar en esos momentos, pero el muy cabrón había tomado una actitud que parecía que nada hubiese sucedido entre nosotros, quizás quería mantener las distancias y dejar muy claro que lo laboral no tiene nada que ver con lo personal, estaba empezando a volverme loca, pero en ese momento me sentía la mujer más dichosa del mundo.

Nada más entrar en mi despacho, vi la cara de los tres mirándome expectantes, no sabía cómo decirles que cuando me fuese al mediodía, ya no me iban a ver hasta 10 días después, me iban a odiar, aguanté la risa al pensarlo.

—Ya te han hecho directora de la empresa — bromeó Natalia.

En ese momento pensé que si querían estar de coña, yo le iba a dar toda la del mundo.

—Qué va, mucho peor, prometedme que no vais a contar nada — dije mientras pensaba que le iba a gastar la broma más macabra del mundo y me iba a callar como una perra hasta la vuelta.

—Eso te lo aseguro, Davinia, ninguno de los tres jamás diríamos nada de lo que se hable aquí adentro — dijo Manuel esperando saber de qué se trataba.

—Me ha dicho que se va mañana de vacaciones al Caribe y que no sé quién lo ha dejado tirado y me pedía por favor que lo acompañase ya que estaba pagado todo el paquete y no quería irse solo — dije pensando que la broma tampoco era muy fuerte para lo que él me había ofrecido.

—Sí, claro, a ti te va a llevar al Caribe.... — soltó Natalia incrédula.

—En qué quedamos, le recrimináis las atenciones que tiene sobre ella y ahora le dices esto y no os lo creéis, desde luego que las mujeres sois todas iguales — recriminó Manuel inocentemente.

—Manuel, deja de hacer de abogado del diablo — le advirtió Desirée.

—Yo no estoy haciendo de nada — dijo él tranquilamente— , pero es que no hay quién os entienda.

—¿Al Caribe? — volvió a repetir Natalia, se había quedado estupefacta.

—Eso ha dicho, sí — afirmó Desirée, igual de incrédula —. Buena broma, Davinia, por cierto. Incluso me lo llegué a creer por unos instantes.

—Bueno, pensad lo que queráis. Mañana no estaré ya por aquí, tampoco me esperéis la semana que viene, me tomaré varias caipirinhas a vuestra salud.

En ese momento apareció la secretaria y me dijo si le podía dar ya el número de pasaporte ya que iba a cerrar los vuelos míos y del señor Evans.
Las caras de mis compis eran un poema.

—Sí, claro, ahora mismo lo tienes en tu correo.

—Perfecto, hasta luego, chicos.

—¡Serás mamona! — dijo Natalia.

Los tres me miraron con cara asesina, me encogí de brazos con una sonrisa y ellos se dieron cuenta que había mucho de cierto en lo que le había acabado de decir.

Se pasaron toda la mañana intentando sonsacarme pero yo hacía caso omiso, Manuel no paraba de mandarlas a callar, al final de la mañana me despedí de ellos con una gran sonrisa mientras Natalia decía que no se lo podía creer.

Llegué a casa con una mezcla extraña de sensaciones: nervios por el viaje, ansiedad por tener que preparar la maleta, un poco orgullosa de mí misma por haber dejado alucinados a mis compañeros. .. Pero sobre todo estaba a punto de darme un ataque al corazón.

Tailandia... Una semana.... Con Peter... En un hotel con el señor buenorro... Dios mío, ¿me iba a dar algo!

Relájate, Davinia, me dije a mí misma. Esto es algo profesional y él ha tratado el asunto como tal. No empieces a inventarte escenitas ni a ver nada oculto en todo esto.

Que sí, que eres la nueva, pero él confía en tu trabajo, solo eso. No se lo iba a ofrecer a cualquiera, ¿no?

Me senté en el sofá sobre mis rodillas, me puse en postura de yoga y respiré profundamente. Nunca me había funcionado, pero por probar...

Diez minutos después estaba en la ducha y seguía con el mismo ataque de nervios. Solo sacaba una cosa en claro: el Señor Evans o Peter o el señor buenorro, como quisiera llamarlo, lograba lo que nadie había logrado hasta ahora.

Me tenía completamente desestabilizada.

Capítulo 5

Me desperté el viernes que parecía la princesa Ana de Frozen, babeando en el sofá y con el pelo enmarañado. Me di una ducha rápida, me tomé un café y me puse a intentar preparar la maleta. Sí, intentar, porque no sabía qué meter.

¿Debería meter un bikini? ¿Mejor un bañador? Porque a la playa o a la piscina iríamos, ¿verdad? Todo no sería trabajo, seguro, o al menos eso esperaba. Joder, y yo estaba más blanca que el papel. Puto paro, si me hubiera pegado una sesión de rayos UVA, ahora no tendría qué hacer el ridículo mostrando este cuerpo lechoso.

Me senté en la cama sudando solo de pensar verlo con un bañador. Madre de Dios, qué pedazo tío, y además me iba de viaje con él. Yo creo que era el mismísimo demonio que me estaba tentando para que le vendiera mi alma. No sabía qué me provocaba ese hombre, pero me derretía solo de imaginar...

Hice las maletas como tres veces, metiendo y sacando cosas. Porque no sabía si tenía que vestirme de manera formal o insinuarme con una ropa más provocativa. Tampoco quería que pensara que era lo que vulgarmente se conoce como un putón verbenero. No. Tenía que buscar un equilibrio. Cuando me di cuenta ya era la hora de comer y yo no tenía nada preparado.

El timbre de mi casa sonó y yo, extrañada por no esperar a nadie, fui a abrir la puerta.

—No me lo puedo creer — dije con la boca abierta al ver entrar a mi amiga Lucy.

—Si la montaña no va a Mahoma... —dijo mientras entraba.

Cerré la puerta y le ofrecí algo de beber.

—Pues me sorprendiste — dije cuando nos sentamos a la mesa de la cocina con una lata de Coca Cola cada una.

—Espero que para bien — bromeó.

—Claro, tenemos muchas cosas que contarnos. No sé cómo disculparme...

—Ya, Davinia, deja eso. Te conozco bien, no te preocupes. Y ya nos pondremos al día después, ahora vamos a lo que me interesa.

—¿Qué te interesa?

—Tu jefe — dijo como si fuera obvio y yo fuera idiota.

—Oh, no — gemí —. Solo es mi jefe, no empieces a ver donde no hay.

—Claro, por eso te has sonrojado — rio.

—Lucy, que te conozco.

—¿Cómo la tiene?

Escupí todo el refresco. Ya iba a empezar.

—No va por ahí nuestra relación, es estrictamente laboral — mentí.

—Mira, Lucy, no sé con quién crees que estás hablando, a mí no me la cueles. ¿Ya habéis follado?

—Lucy, por Dios... — dije medio escandalizada, medio muerta de risa.

—Venga, si me has contado todo con pelos y señales cómo follaban el Richard y...

—¿Siempre los tienes que nombrar?

—Sí, es como un trauma que tengo — dijo pensativa.

—Pero si eran pareja mía, ¿por qué ibas a tener tú el trauma? — cada vez entendía menos a mi amiga.

—Solo verlos traumatizaba a cualquiera.

Lo dijo tan seria que no pude evitar reír.

—No hay nada, Lucy, un poco de tensión sexual por mi parte — reconocí —, pero nada más. ¿Te

quedas a comer?

—Sí, pero pedimos algo que sea rápido.

Llamé al restaurante chino, momentos después apareció Lucy que había ido al servicio. Venía con las cejas enarcadas por la curiosidad.

—¿Y esa maleta?

—Me voy a Tailandia — dije como si nada.

—Acabas de empezar a trabajar, ¿ya te echaron?

—No, voy de viaje de negocios.

—¿Te vas de viaje con tu jefe? No me mientas, cabrona.

—No te miento. Sí. Me voy de viaje de negocios —dije yo, volviendo a sonrojarme.

—No me lo puedo creer, Davinia. ¿Y no pensabas contarme nada?

—Pero es que no hay nada que contar, Lucy. Te pones muy pesada.

—¿Me pongo pesada? Eres la nueva protagonista de las cincuenta sombras de Grey, ¿te has dado cuenta, verdad?

—No seas tonta. Es mi jefe. Somos dos profesionales que miramos por nuestra empresa, solamente por nuestra empresa —dije yo seriamente, aunque en el fondo me estaba partiendo de risa, porque a Lucy no le faltaba un poco de razón.

—Tú dirás lo que quieras, pero a mí no me engañas. Tú estás buenísima y él está buenísimo. Sería una gilipollez que no lo intentaras, Davinia.

—Que no intentara el qué —dije con aire dubitativo.

—Lo que ya sabes —dijo ella con una mirada pícara.

—Estoy cansada de que me presiones de esa forma. No me voy a tirar a nadie — dije yo con un tono enérgico.

—Eso lo dices ahora tú, pero ya veremos si eres capaz de contenerte. Tú vas de monja, pero luego te lo montas muy bien.

—Sí, claro. Si a ti te parece que salir con Richard y con un micropene son grandes éxitos sentimentales, que baje Dios y lo vea —dije con ironía.

—Pues otras no hemos tenido ese currículum, Davinia. Otras no hemos tenido nada de nada — contestó Lucy con aire infantil.

— Pero para que te quedes tranquila, al Sr. Evans te lo puedes quedar tú, si tanto te gusta. Ya te he dicho que es un viaje cuyo motivo es meramente laboral — no me reconocía en aquellas palabras, pues estaba mintiendo como una perra y se me notaba.

—Eres una ingenua, Davinia. Eres una Barbie y lo sabes, ese tío quiere follarte.

—No seas mal pensada. Insisto. Es una persona con una moral intachable —volvía a mentir yo como una bellaca.

—No espera, que ese no es el problema, es que tú también quieres follártelo, ¿no? Lo puedo leer en tus ojos. Tengo un don para eso. Joder, que es tu jefe, no lo hagas.

—Lucy, ahora me dices que no lo haga, a ver si te aclaras, si viniste para esto...

—Ah, no, a mí no me echas porque no te guste escuchar lo que yo te estoy diciendo. Davinia...

—Mira, es mi jefe, sí, y hemos tonteado si puede llamarse así, pero no ha ocurrido nada. ¡Y si ocurre es mi problema!

—¿Pero qué fue de mi amiga? — dijo sorprendida — ¿Estás anteponiendo un polvo a...? No me lo puedo creer. No sé si reírme o llorar. Me encantas, tía.

—Que me dejes, bastante tengo con que ese hombre me ponga en tensión. Y no, no antepongo nada. Por una vez solo me gustaría que nadie se metiera en mis cosas.

—No, si veo bien que te lo tires. Pero joder, es tu jefe, afectará a tu trabajo... es lo único que te digo.

—Se acabó. Me estás volviendo loca. No te aclaras ni tú. Por un lado, me dices que me lo tire y, por otro lado, me lo prohíbes — le regañé como si fuese una hija adolescente que sale con un novio repetidor.

La ignoré. Llegó la comida y comimos en silencio, al final pudimos reír cambiando el tema de conversación. Por fin entendió que no quería que opinara sobre nada.

Se fue bien entrada la tarde y yo decidí pasar el fin de semana lo más relajada posible para no pensar ni en Peter ni en lo que me había dicho mi amiga. Le mandé un simple mensaje a mi hermana diciendo que salía de viaje por temas laborales y sin darle muchas más explicaciones. No tenía más ganas de justificarme. Me estaba volviendo paranoica. Yo no sabía exactamente lo que quería de mí aquel hombre y yo estaba muy confundida con aquel tipo de relación.

El domingo, después de un fin de semana que se me hizo eterno, cuando ya, por fin, estaba cogiendo el sueño, recibí un WhatsApp.

“En pocas horas estaremos volando. Va a ser una experiencia inolvidable, de eso no tengo dudas. Descansa, Davinia.”

Me quedé de piedra con las palabras de mi jefe. Le di las buenas noches y me dispuse a dormir, pero ya era imposible conciliar el sueño. ¿Por qué me había enviado aquel mensaje? ¿Por qué había escrito “experiencia inolvidable”?

¿A qué se refería con ese adjetivo? Inolvidable. El sudor frío volvía a recorrer mi espalda y, viendo que el corazón me palpitaba, me levanté y fui a prepararme una tila. No me quedaba, así que encendí el televisor y me puse a ver la tele tienda. Como estaba tan nerviosa, me dio por comprar. Fundí la tarjeta: en breve me enviarían una crema de baba de caracol para la piel de la cara, una máquina, que parecía un potro de tortura para hacer abdominales, y treinta DVDs sobre la II Guerra Mundial. Vamos, un lujo. Estaba como una chota y la culpa la tuvo ese mensaje que decía “una experiencia inolvidable”. Al final me dormí sobre las cuatro de la mañana en el sofá

La alarma del despertador anunciando que eran las seis de la mañana me despertó de un sobresalto. Fui directa hacia el baño para darme una buena ducha. Estaba muy nerviosa porque, en ese momento, comenzaba una aventura con mi jefe que duraría toda una semana, mejor dicho, toda una aventura, porque no sabía absolutamente nada de lo que pasaría allí. Bajé a las 6:55 y ahí estaba Peter, el Sr. Evans.

¡Cómo me ponía decir Sr. Evans! ¡Sr. Evans! ¡Sr. Evans! Pues ahí estaba, fuera del coche charlando con su chófer. Me saludaron correctamente y me metí en el sillón de atrás con Peter que seguía en una

actitud de jefe total, nada que ver con ese otro hombre natural y seductor que me hacía temblar.

—¿Preparada para una dura semana de trabajo? — preguntó como el que no quiere la cosa.

—Claro, soy muy trabajadora — solté con una risa irónica sin mirarlo a los ojos.

—No lo dudo....

—Tengo la sensación de que está preocupado —dije con formalidad, intentando demostrarle que yo también sabía marcar la distancia.

—No. No lo estoy ...

—Pues lo parece. Espero que, por el bien de la empresa, todo vaya sobre ruedas, Sr. Evans — dije secamente como si no nos conociéramos de nada.

—Debe salir bien. Este viaje es importante por muchos motivos.

—Espero estar a la altura —dije yo girando la cabeza.

Me puse a mirar por la ventana. La ciudad despertaba. Un silencio volvió a hacerse presente durante unos minutos. Me notaba en tensión, no sabía a qué estaba intentando jugar, pero tenía la sensación de que lo que había ocurrido los otros días en su casa no iba a volver a suceder o él estaba intentando hacer creer que nunca había sucedido.

¿Por qué tenía que sucederme esto? ¿Por qué se comportaba de esa forma tan extraña? A ver si Lucy tenía razón y estaba al lado de un zumbado, de esos que duermen con su madre y guardan un punzón debajo de la cama.

Llegamos al aeropuerto de Barajas y el chófer nos acompañó a facturar las maletas y luego nos despedimos de él. Peter apenas me miraba. No había nada de cariñoso en su actitud hacia mí, ni siquiera esa cortesía o caballerosidad que lo definían tantas veces cuando entraba a su despacho.

Fuimos a pasar el control y a quedarnos dentro de la terminal tomando algo hasta el aviso de salida de nuestro vuelo. Nos metimos en una cafetería que había dentro de la zona VIP y nos tomamos un desayuno impresionante, un desayuno inglés con bacon y huevos fritos. Hacía años que no desayunaba así. Aquel desayuno me dio tanta sed que no paré de beber agua hasta embarcar.

¿A quién se le ocurre zamparse las salchichas y las alubias, además del bacon, antes de despegar? Lo iba a flipar en el vuelo cuando el estómago se pusiera a hacer la digestión en pleno despegue. Pero estaba nerviosa y solo encontré en el acto de comer una forma de disimular mi enfado. Porque estaba enfadada. No podía comprender por qué demonios se estaba comportando así aquel calco del señor Grey.

Apenas hablamos, pues él estaba todo el tiempo mirando el periódico y yo con mi tablet enganchada al wifi, revisando las redes sociales. A veces me daban ganas de meterle un chillido y decirle que hablase pero no estaba en condiciones de hacerlo. No quería que aquel viaje empezara con un enfrentamiento y siempre tendría las de perder, porque yo no dejaba de ser una empleada, una mera subordinada, y, en aquel instante, Peter era mi jefe, la autoridad, y ninguna relación sentimental debía romper ese tipo de contrato.

Sin embargo, se me ocurrió una genial idea. Como soy muy cabezota, sabía que esa idea iba a llevarla hasta el final. Esta vez estaba dispuesta a jugar con él así lo tendría controladito durante toda la semana. Buena soy yo. Si él estaba en ese plan de jefazo, yo lo iba a tratar como tal. Ya me había terminado de tocar la moral por completo. Ahora me tocaba tomar las riendas de la situación.

—Davinia, no sé si sabes que nos esperan trece intensas horas de vuelo —comentó él tratándome como si fuera una ignorante.

—Sí, me he preocupado en mirarlo, además de documentarme un poco sobre la ciudad de Bangkok y las costumbres de allí —contesté rápidamente.

—Eso quiere decir que das por sentado de que dispondrás de tiempo libre.... —añadió con una actitud de reproche que me desagradó.

Me dieron ganas de mandarlo a tomar por culo, pero puse la mejor de mis caras y seguí con el juego.

—No he dado por sentado nada, solamente soy previsora... —respondí bastante encabronada.

—Me impresiona tu respuesta —dijo mientras seguía leyendo el periódico.

¡ Chúpate esa! Pensé mientras evitaba soltar una carcajada de risa. Cómo odiaba que no me mirase a los ojos. Minutos después vinieron a avisarnos de que ya podíamos embarcar, así que no tardamos nada en montar ya que íbamos en primera clase.

—Imagino que este es un viaje exclusivamente de negocios. No quiero que piense, Sr. Evans, que voy a Tailandia a comprarme trapitos y a tomar el sol en la piscina del hotel —dije con sarcasmo.

—No quería decir eso, Davinia.

—Pues, por el tono, ha parecido que yo me había planteado el viaje como un viaje de recreo dije con un tono serio y cortante.

—No dudo de tu profesionalidad. Solamente te estaba advirtiéndote.

—No me gusta que me adviertan de nada. Sé hacer mi trabajo y me tendrá siempre a su entera disposición para cualquier informe, reportaje o búsqueda de información que necesite.

—No quiero tener una mala experiencia contigo en este viaje. Es una tarea muy importante la que vamos a realizar.

—Imagino que debe serlo cuando nos desplazamos tan lejos. Entendí que quería la expansión de nuestro periódico — dije con vanidad.

—¿Nuestro? No te equivoques, Davinia. El periódico no es tuyo. Ni mío. Pertenece a los anunciantes y a los lectores. Debes tenerlo muy claro —dijo esta vez mirándome a los ojos.

Me quedé de piedra cuando soltó aquella frase. Quería haberle dicho alguna cosa muy fea que terminara con “gilipollas”, pero me frené. Estaba claro que en aquella conversación había una clara intención de provocarme, de conocer los límites de mi paciencia, así que me callé y pensé en las alubias que me había comido y en los retortijones que me aguardaban.

Cuando entré al avión y vi los asientos de los otros, me quedé flipada ya que pensaba que aquello era un lujo que jamás en la vida me habría podido permitir.

Solamente los ricos podían acceder a esa clase de privilegios. Nos pasamos todo el vuelo viendo películas y durmiendo a ratos. Yo a veces tenía que ir al aseo a descargar, pero mi estómago y mis intestinos estuvieron a la altura de las circunstancias.

Charlamos en varias ocasiones sobre las películas que habíamos acabado de ver, mero intercambio de opiniones. A veces tenía la sensación de encontrar en algunas de sus intervenciones al Peter que me hechizaba, pero enseguida volvía a ponerse serio y a distanciarse de mí, queriendo mostrarme que era un jefe, dominador y egocéntrico.

Capítulo 6

Salimos directamente hacia fuera de la terminal. Me extrañó que no cogiésemos las maletas pero me limité a seguirlo. Pronto vi a un señor con un cartel con el nombre Sr Evans. Fuimos hasta él y se presentó. Nos dijo que le acompañásemos hasta el coche pues enseguida traerían nuestro equipaje.

Hacía una humedad impresionante y era de madrugada. El cambio de horario era brutal, saqué de mi bolso un cigarrillo y me lo encendí ante la mirada de no aprobación de mi jefe, pero le hice una sonrisa de mueca como diciendo que mi salud no le interesaba. Si se metía en mi vida personal, estaba dispuesta a seguir con este juego. En lo laboral indudablemente lo trataría con todos mis respetos.

Mirada embelesada los taxis que habían aparcados en esa terminal ya que eran todos de colores llamativos. El rosa fuerte era el más repetido. Otra cosa que me impactó era que todos los tailandeses tenían una sonrisa en los labios y se notaba que eran muy respetuosos.

Minutos después aparecía otro chico con el equipaje. Lo colocó en el maletero. Acto seguido, nos montamos en el coche para el traslado hasta el hotel.

Todo lo que veía por el camino me impresionaba. Aquel país era otro mundo, el paraíso en la tierra. Por primera vez entendí lo que era el exotismo: sus gentes, su fragancia, su clima, sus colores me emocionaron.

Cuando llegué al hotel me quedé más impresionada aún. El complejo estaba en una villa, una antigua residencia real junto al río Chao Phraya. Todo estaba hecho con el estilo tailandés. La piscina era paisajista y desde las ventanas tenía las impresionantes vistas a Wat Arun.

Nos acompañaron hasta la preciosa villa suite. Me quedé alucinada al comprobar que dormiría junto a Peter. Compartiríamos juntos aquella villa. Nos enseñaron atentamente toda aquella preciosa suite y luego nos dejaron solos.

—Pensé que dormiría en una habitación aparte — dije como la que no quiere la cosa, pero en el fondo estaba loca de contenta de poderme quedar con él.

—Había pensado en cogerle un bungalow en un camping que hay cercano aquí — dijo seriamente pero en el fondo quería hacerse el gracioso.

—Pues no me hubiera importado, como si me hubieses metido en una tienda de campaña. Estoy acostumbrada a eso. Me gusta disfrutar de cualquier tipo de alojamiento, imagino que tú no....

—Pues no, si te soy sincero. Me he acostumbrado a la buena vida y ya no me va hacer de

boyscout — dijo esbozando una tímida sonrisa.

—Me imagino. Te has acomodado, ¿verdad?

Se lo solté con mucho descaro ya que, si quería buscarme la lengua, la tenía ese día hecha una culebra y estaba dispuesta a responderle por todos los costados.

—Por ahora te quedarás en esta villa conmigo, ya iré viendo sobre la marcha si te sigo conservando aquí o te mando a otra parte.

A la mierda lo iba a mandar yo precisamente, pero sonreí intentando aguantar la risa y le contesté lo mejor que pude.

—Donde usted crea conveniente, señor Evans. Yo siempre estaré a sus órdenes — solté irónicamente.

—Me gusta que lo tengas claro.

Me estaba sacando los nervios. Me estaba tratando como si fuese una mascota, su perro de compañía quizá. Tenía sensaciones muy dispares. Por un lado, me apetecía hartarme a reír y, por otro lado, lo que quería era darle una bofetada para que espabilase y dejara de tocarme las narices.

—Meteré mi ropa en ese armario que es más pequeño, si te parece...

—Adelante, puedes coger el que mejor te venga, Davinia.

Comenzamos a colocar nuestra ropa. No paraba de pensar que solo había una cama, gigante, pero solo una cama. En la parte de la villa había un gran sofá, así que no sabía los planes que tenía para dormir. Pero el hecho de pensar que había elegido solo una habitación para los dos, me parecía muy sospechoso.

En ese momento, recordé lo que me había dicho Lucy y empecé a sudar con la sola idea lejana de que realmente él quisiera acostarse conmigo. Quizá Peter lo estaba deseando tanto como yo. No sabía a qué atenerme. Tampoco podía juzgarlo como una pareja, pues no había ninguna clase de compromiso. Y, como no me controlara, se iba a notar más de la cuenta lo que ese hombre provocaba en mí.

—¿Te apetece una ducha? — preguntó con voz sedosa.

Me giré y lo miré, estaba apoyado en el quicio de la puerta del baño con las manos en los bolsillos. Parecía un sueño. Aquel hombre apoyado, mirándome, queriendo demostrarme que podía impresionarme cuando le apeteciera. Y yo estaba allí, en un país extraño, con un hombre que jugaba a la ambigüedad, a convencerme unas veces de que entre nosotros había un sentimiento más profundo que una mera amistad, otras veces estaba dispuesto a convencerme de que solo éramos dos trabajadores que estaban colaborando para convertir el Diario Sol en un periódico de alcance mundial.

—Solo hay una cama — dije en su lugar. Cuanto antes aclarara mis dudas, mejor. Así ya sabría a lo que atenerme.

—Muy inteligente — sonrió.

—Y tú estás aquí, lo que significa que... — me callé de repente, acalorada de nuevo.

—¿Qué?

—¿Qué la vamos a compartir?! — intenté sonar todo lo ofendida que pude, pero ni escandalizada soné.

—Muy perspicaz, sí.

—Señor Evans...

—Peter — aclaró.

—Peter. No vamos a compartir esa cama.

—Es lo único que pude conseguir a última hora.

—La verdad es que me suena a excusa pero eres mi jefe y te creeré.

—Chica lista — afirmó con la cabeza, complacido.

—Pero dormirás en el sofá porque eres un caballero.

—Esa es mi cama, Davinia, si alguien no quiere compartirla conmigo por causas mayores, que use el sofá.

—¿Me estás mandando a dormir a un sofá? Eso significa ser muy poco caballeroso. No te lo perdonaré.

—Relájate, eres una malpensada. Toma una ducha y tranquila, te dejo sola para que lo hagas. Nos vemos fuera.

Me quedé mirando la puerta del dormitorio después de que la cerrara y me senté en la cama. Me temblaban las rodillas con la cantidad de escenas subidas de tono que habían desfilado por mi mente mientras yo intentaba dárme las de dura.

Intentaba, sí, porque era obvio para los dos que no era creíble, estaba segura que él lo sabía. Pero tampoco iba a caer a la primera, ¿no?

Tomé una ducha y miré la ropa que había traído. No sabía qué planes tenía mi jefe para ese día, pero me vestí formalmente por si las moscas.

Salí afuera y me quedé embobada a la mesa. La habían preparado con comida para que desayunara un ejército entero. Peter estaba sentado mirando el móvil y levantó la vista al escuchar mis pasos.

—Vaya, buena elección — dijo mirándome de arriba abajo.

—Gracias, tú tampoco estás mal — dije sin que me temblara la voz.

—Llevo la misma ropa, pero se agradece que te hayas dado cuenta de lo bien que me queda —dijo con un aire de vanidad insoportable.

Me quedé a medio sentarme frente a él, mirándolo fijamente. Sonreía de esa forma que me gustaba a mí. Sonreía sin apenas enseñar sus dientes blancos. Era una sonrisa pícaro, una sonrisa que me revelaba que había algo que lo inquietaba, o alguien, y sin duda era yo el motivo. Yo era el motivo de que sonriera, de que me eligiese para seducirme, de que fluyera esa energía que hacía que mi corazón se enterneciera al instante. Con aquella sonrisa, se lo perdonaría todo, absolutamente todo.

—No tienes abuela, ¿verdad?

—La verdad es que las dos siguen vivas.

—Cualquiera lo diría...

—¿No te gusta que sea presumido? — preguntó con guasa.

—No, no me gusta. No me gustan los hombres vanidosos, los hombres que se creen el centro del mundo — comenté oliendo un mango que habían colocado en un cesto de fruta.

—No creo que sea de esos hombres. ¿A ti te parece que sea vanidoso? — preguntó con intención de provocarme, pero yo sonreía.

—Ahora lo estás siendo y además intentas que me sonroje, que caiga en la trampa de tus palabras. Solamente sabes meterte conmigo — dije yo sin abandonar mi sonrisa boba.

—Pensaba que a mujeres como tú no le gustaban los hombres aburridos, Davinia.

—No, en eso tienes razón. No me estoy aburriendo contigo —dije mordiendo un gajo de naranja.

Empezó a reírse y sonreí al verlo así de contento. Era demasiado serio la mayoría de las veces, verlo relajado era increíble.

Mientras desayunamos, me explicó con quiénes nos reuniríamos en ese viaje y qué era exactamente lo que esperaba conseguir, sin olvidar cuál era mi papel en todo eso.

Como tendríamos libre ese día por haber viajado durante horas, se ofreció a enseñarme un poco más la ciudad. Yo estaba que no cabía en mí de contenta. Me encantaba viajar pero con mi sueldo pocas veces podía permitírmelo.

Esperé a que se duchara y babeé al verlo venir, vestido con unos vaqueros ajustados y una camisa de lo más informal. En verdad, estaba bueno, muy bueno y su cuerpo hacía que yo titubeara al hablarle. El rumor de las aguas se escuchaba cerca y una luz limpia convertía a aquel encuentro entre Peter y yo en una especie de encantamiento.

—¿Necesitas un babero? — preguntó con voz sensual.

—Qué tonto te pones — susurré yo.

Puse los ojos en blanco, pero estaba claro que lo necesitaba.

Cogimos un taxi y, tras dar una vuelta en coche por la ciudad, nos dejó en pleno centro. Lo primero

que hizo Peter fue agarrarme la mano diciendo que, con tanta gente, lo mismo me perdía. Yo solo rezaba porque mi mano no estuviera sudorosa.

Era extraño, pero me sentía como si fuera más que su empleada, era como algo natural andar así, agarrada de su mano. Pero no podía hacerme de ilusiones, no podía caer en la tentación de pensar que éramos una pareja que estaba de viaje de novios en Tailandia.

—Me encanta este lugar — me atreví a decir.

—Es un lugar donde confluyen muchas culturas, pero también ha sido un país muy castigado por la guerra — volvió a mostrarse el Peter que a mí me gustaba.

—Imagino que ha sido un pueblo sometido durante mucho tiempo —añadí yo.

—Lo sigue siendo. Ahora nuevas empresas e inversiones extranjeras están dando un respiro a esta sociedad. Pero las mafias y la prostitución campan a sus anchas — matizó con tristeza.

Había decenas de puestos y yo me paraba en todos. Una de las veces me disculpé pero Peter me dijo que disfrutara todo lo que quisiera, que no me preocupase. Así que puesto que veía, ya fueran de flores, yo odiaba las flores, me paraba.

Aquello no tenía nada que ver con lo que me dijo en el aeropuerto donde me dijo claramente que me olvidara de tener tiempo libre para hacer turismo por la ciudad. Ese tipo de comentarios y actitudes me ponían muy nerviosa porque mi corazón no sabía cómo actuar.

Me hice varios selfies hasta que el señor buenorro se hizo cargo de la fotografía. Entre eso y que no me soltaba la mano, estaba en una nube. Si Lucy me viera ahora o alguna de mis compañeras de trabajo, vibrarían de emoción y, a continuación, se morirían de la envidia.

Paramos en un puesto y vi una pulsera preciosa. Me quedé mirándola embobada y Peter, sin preguntar, sacó la cartera para pagarla.

—Esa — le dijo al chico, señalándola.

—No — interrumpí.

—Esa — dijo ignorándome.

—Peter, que no.

El chico ya la estaba preparando y yo me estaba enfadando de verdad.

—No quiero regalos.

—Pues no lo consideres así — dijo encogiéndose de hombros.

—Te dije que no — me di la vuelta y lo dejé solo.

—Es tuya — dijo dándomela minutos después.

—No puedo aceptarla, no quiero regalos.

—No seas testaruda.

—No voy a aceptar un regalo tuyo. No quiero deberte nada, ¿sabes? — dije con un tono enérgico.

—No seas tonta. Quiero regalártela. Me apetece mucho.

—He dicho que no y es que no — dije con firmeza, pensando en todo lo que me había dicho en el aeropuerto.

Me negué a cogerla y, después de resoplar, se la guardó en el bolsillo, dándose por vencido.

Estuve enfurruñada todo lo que quedaba de día, él en la comida intentó hacerme sonreír pero me negué en redondo. Solo las miradas sensuales bajaban un poco mis barreras.

—No quiero que te enfades conmigo, ¿sabes?

—No me das opciones, Peter.

—¿Por qué dices eso, Davinia?

—No sé a qué juegas.

—No sé de qué estás hablando — dijo de forma cínica.

—Me refiero a que no sé cómo comportarme contigo. Unas veces pareces un jefazo insoportable y otras veces intentas seducirme — dije con la voz entrecortada.

—Prefiero no haber escuchado eso. Solamente intentaba ser amable, Davinia.

—Piensas que regalándome una pulsera se me va a olvidar todo.

—¿Qué he hecho? Explícamelo.

—Fuiste muy borde conmigo en el aeropuerto. Me trataste de una forma despreciable.

—No voy a discutir contigo, ¿me entiendes? — dijo con un tono seco sin dejarme opción a responderle.

Llegamos al bungaló a la hora de la cena y ya se me había pasado un poco el enfado con el vino. Peter se sentó a mi lado y me tocaba como si fueran roces sin intención cuando yo sabía lo que estaba intentando.

—Me voy a la cama — dije al final, evitando no caer en su coqueteo.

—Nos vamos entonces.

—No, dije que me voy.

—Es mi cama, por si no lo recuerdas.

—¿Sabes qué? Eres insoportable.

Entré, cogí una de las sábanas de la cama y me acosté en el sofá.

—Davinia, no seas cabezota — dijo mirándome acostada allí.

—Que descanses, Peter.

Me miró varios segundos y suspiró.

—Buenas noches — dijo antes de desaparecer.

Capítulo 7

Desperté y al abrir los ojos vi que Peter estaba cerca de mí tomando un zumo de naranja. Estaba tras los cristales en la terraza contigua al salón. Una sonrisa, levantando el zumo, me invitaba a salir a desayunar con él. Había una mesa totalmente repleta de una gran variedad de dulces y frutas, así como café y té.

Le sonreí y fui al baño a lavarme la cara antes de sentarme a meterme un atracón. Eran apenas las siete de la mañana pero el cambio del horario no permitía quedarse en la cama más tiempo.

El desayuno estaba siendo de lo más placentero. Frente a nosotros teníamos una preciosa piscina decorada de forma oriental. Era una piscina privada de la villa. Peter estaba en una actitud que mezclaba lo profesional con lo sentimental. Estaba claro que yo iba a seguir con mi juego.

—Dentro de una hora nos recogerán para ir a la primera reunión — dijo mirándome de forma penetrante, como queriendo intimidar.

—Perfecto, estoy preparada....

—Una vez que salgamos de ella dispondremos de todo el día libre y me preguntaba si te apetecería hacer un poco de turismo por esta exótica ciudad.

—Me encantaría, pues no sé si volveré a tener la oportunidad de regresar a un lugar como este, así que todo el tiempo que tenga libre me gustaría dedicarlo a recorrer los lugares tan emblemáticos que hay aquí — dije ilusionada.

—Te haré de guía. Conozco bastante bien esta ciudad. Para serte sincero he recorrido absolutamente todo el país...

—Me siento halagada, eso de tener un guía privado es un chollo — dije con intención de agradar.

—Pues aprovecha— dijo guiñando el ojo.

Estuvo con miradas muy seductoras durante todo el desayuno y yo no perdí los nervios en ningún instante. Me estaba acostumbrando a este tira y afloja. Estaba claro que él estaba jugando conmigo y

yo lo estaba imitando. Estaba dispuesta a darle de su propia medicina, aunque estaba a punto de perder el control e irme hacia él y comérmelo a besos. Pero, como no sabía exactamente de qué se trataba su juego, aposté por hacerme la indiferente.

Salimos del hotel y nos estaba esperando un coche. La luz del sol brillaba en todo. La temperatura era agradable a esa hora de la mañana. Montamos en el vehículo que nos desplazaría hasta el centro, donde habríamos de tener la reunión.

Notaba tenso a Peter. Debía ser una reunión importante y trascendente. Yo confiaba en el talento de aquel hombre y sabía que lo iba a hacer muy bien.

Durante el trayecto, vi que no dejaba de revisar unos folios que yo le había pasado. Era un informe con el crecimiento anual de Bros Company. Se trataba de una empresa especializada en nuevas tecnologías y marketing digital que nos podría ser de gran utilidad para la expansión del periódico. Yo sabía que ahora sin ayuda de Internet iba a ser muy complicado no destacar dentro del mercado de prensa digital que estaba en auge.

Llegamos a Shai Centre y ahí estaba uno de los edificios más grandes de la ciudad. Parecía que estuviéramos frente al Empire State, de Nueva York. Bajamos del coche y Peter seguía sin decir ni una sola palabra. Estaba concentrado en aquella reunión que suponía el triunfo o la muerte para la empresa.

Por dentro, aquel edificio parecía un hormiguero. Jóvenes empresarios y oficinistas se desplazaban nerviosos de arriba a abajo. Alguien muy simpático y vestido de negro nos recibió y nos acompañó hasta la quinta planta donde habríamos de reunirnos con los directivos de Bros Company.

Entramos a un amplio despacho y de repente noté que mi brazo rozó con el suyo. Sentí un escalofrío y él me miró, no como el Sr. Evans, sino como Peter. Era su mirada sensual, atrayente e hipnótica. Me miró con intención de que me gustara y vaya si me gustó.

Me quedé atrás para tomar notas y Peter, manejándose en un perfecto inglés, discutió, argumentó y expuso por qué era tan importante que Bros Company formara parte del nuevo proyecto que había ideado para el periódico.

Yo lo miraba embelesada, pues su boca, sus labios vibrando, carnosos y húmedos, y esa inteligencia natural hacían que me derritiera por momentos. Yo no paraba de apuntar, pero sin dejar de mirarlo.

La reunión acabó con varios apretones de manos y pude ver el triunfo en los ojos de Peter que volvió a desnudarme de arriba a abajo con un solo vistazo.

Salimos de la reunión y el mismo coche nos llevó hasta el hotel, donde nos cambiamos de ropa para ponernos cómodos y nos fuimos a perdernos por la gran ciudad.

Nos fuimos directamente al centro de la ciudad, donde estaban los templos.

—Luego si quieres nos vamos a que nos hagan un masaje con final feliz — bromeó Peter.

—No me importaría... — dije para ver cómo reaccionaba.

—Bueno, mejor te lo hago yo y así me ahorro el dinero...

—Hablaba de uno profesional, creo que no nos hemos entendido...

—¿Quién te dice que yo no lo sea?— me clavó una mirada totalmente seductora que me dejó casi sin contestación, pero rápidamente reaccioné recordando que tenía que seguir jugando.

—No lo dudo, pero no eres especialmente en lo que estaba pensando.

—¿No? Es la primera vez que una mujer me deja machacado con una respuesta de ese tipo

—Siempre tiene que haber una primera vez ¿no crees? Por suerte o por desgracia, sobre gustos no hay nada escrito.

—No creo que ese sea el caso ¿verdad, Davinia? — preguntaba mientras ojeaba cada puesto por el que pasábamos.

—Prefiero no responder, comprendo que estás en mejor posición ya que eres el jefe...

—Ahora no estamos trabajando, puedes tratarme como a Peter.

Me entraron ganas de hacerle un corte de manga, pero comprendía que no estaba bonito. Aguanté la risa. Este tío se pensaba que, cuando le diera la gana, lo iba a llamar Peter y cuando no, señor Evans, pues se iba a comer lo que se comió uno que yo me sé, porque si tenía doble personalidad, yo la tenía triple.

—Prefiero tener presente que eres el señor Evans — dije mientras me paraba en un puesto de flores a oler unas que me habían llamado la atención.

—Te compraría el puesto entero de flores pero no es plan de ir cargando por esta gran ciudad con un ramo en las manos — dijo mientras me agarraba del brazo para seguir andando.

—Pues si vemos un puesto con algún buen bolso de Louis Vuitton no me importa ir cargada todo el día — contesté bromeando mientras seguía llevándome del brazo.

—Si te lo ganas, mañana te compraré uno original — dijo mientras me guiñaba el ojo.

—¿Aún no me lo he ganado incluso aguantando a mi jefe las 24 horas? — puse ojos en blanco.

—No es suficiente.

—¿Qué sería para ti suficiente? — pregunté mirándolo con cara de expectación.

—No sé, quizás que me hagan una escena como la de Demi Moore en Una proposición indecente — me ofreció un chicle que sacó de su bolsillo con toda la normalidad del mundo después de lo que me había soltado.

Antes de contestarme echándose a reír, pensé muy bien que, para chulo él, chula yo...

—Quizás todo en esta vida tiene un precio. Puede depender mucho del valor del bolso que me ofrezcan... — solté intentando aparentar naturalidad.

—Esto promete. Quizás deberíamos de ir a dar una vuelta a un buen centro comercial que esté lleno de tiendas de las mejores marcas. Puede que haya algo que te interese, más que nada por echar un vistazo — dijo con una sonrisa pícara entre sus labios.

—No estaría mal la idea, pero me vería envuelta en un dilema, pues seguro que me gustarían muchas de las cosas y no sería suficiente con hacer una escena a lo Demi Moore en Una proposición indecente, sino que tendría que hacer algún numero como en la película de Striptease. — me encogí de hombros, pero inmediatamente tuve que echarme a reír y terminamos los dos en medio de una carcajada que era imparable.

—Te estás ganando a pulso que te lleve al centro comercial pero antes vamos a pasar por el gran Palacio Real ya que estamos cerca — dijo negando con la cabeza, muerto de risa a la vez que me echaba la mano por el hombro.

—Haz lo que quieras. Si va a beneficiar a la marcha de la empresa, yo estaré encantada, Peter.

—Estás como una cabra, ¿sabes?

—¿Y?

—Que me encanta, Davinia. Me encanta que seas así.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Peter?

—Sí, claro.

—Cuando en el mensaje hablabas de experiencia inolvidable, ¿te referías a todo esto? — pregunté inundada de emoción.

—¿Tú qué crees?

—Que me está gustando mucho esta experiencia. Que no quiero llorar y voy a hacerlo. De felicidad, Peter.

—Sabía que te encantaría. Además, estoy feliz. La reunión ha salido genial, Davinia.

—Ya lo he visto. Sé que era muy importante para ti que saliera bien.

—No. Para mí no, Davinia. Importante para toda la empresa y, sobre todo, para nuestro departamento.

Estaba volviendo a ser mi hombre, pero me estaba gustando a mí este juego. Me sentía segura con las respuestas y sobre todo yo estaba a la altura de las circunstancias.

Cuando entramos al Gran Palacio Real, me di cuenta de que era el lugar más espectacular por el que había pasado en mi vida, una maravilla arquitectónica ante los pies del río Chao Phraya. Me sorprendió que fuera todo un complejo formado por varios edificios: templos, palacios, capillas entre otras cosas.

—Estoy alucinada, Peter. No me salen las palabras.

—No digas nada, Davinia. Carpe diem. Aprovecha el momento. Disfrútalo —dijo con orgullo.

—No voy a poder olvidarlo en la vida. Estos colores, este brillo, estas pinturas ... — titubeaba, pues aquella visión me dejó sin habla.

Mi “jefe” no paraba de hacerme fotos con su móvil y yo le decía que luego me las tendría que pasar todas, porque iba a montar un pedazo de álbum para el Facebook. Aquel álbum sería la envidia de muchos de mis contactos.

De allí nos fuimos a una entrada de taxi boat a orillas del río Chao Phraya muy cerca de los templos. Compramos dos tickets y nos montamos en una de aquellas barcazas. Ese río atraviesa Bangkok, así que esos botes son perfectos para moverse por alguna de las partes de la ciudad. Oscurecía y todo se llenaba de luces temblorosas que, junto a las del cielo, hacían que sobre nosotros existiese una especie de manto estrellado que nos protegía.

Tras un paseo precioso por aquel río, terminamos en el otro lado de la ciudad. Peter divisó un

restaurante que le llamó la atención, así que, después de todo el día tomando cervezas, entramos a ese restaurante a llenar el estómago con algo sólido.

No sé si era el alcohol que ya estaba haciendo sus efectos sobre mí, pero aquella cena me estaba descubriendo a un hombre que no conocía. Había intuido que Peter, cuando dejaba de ser el Sr. Evans, era un hombre maravilloso, sencillamente maravilloso.

No me detenía en sus ojos, sino en su boca. Me encantaba mirar su boca, su sonrisa sincera, la curva que dibujaban aquellos labios, aquella tentación húmeda y carnosa, sus labios de nuevo, su boca. ¿Qué podría decir? Él estaba mirándome a los ojos, pero no era a mis ojos donde miraba, sino más allá.

Miraba dentro, en mi interior, como queriendo despertar esa excitación de la que ya era presa. No era necesario que se esforzara demasiado. Peter sabía seducirme y ahora, mientras la noche se echaba sobre nosotros con su manto oscuro, reconocía en aquella figura, en aquel cuerpo y en aquel rostro, la belleza, una belleza por la que muchas matarían.

Y él, susurrándome alguna frase tonta, conseguía lo que yo más deseaba y que Peter hacía muy bien. Y no era otra cosa que desnudarme lentamente con su mirada profunda, dejar que yo me abandonara a esos ojos que parecían absorberme mientras yo miraba su boca, esa boca que dibujaba una y otra vez en mi imaginación.

—Te veo feliz, Davinia.

—Quizá lo esté.

—¿No me digas que te hago feliz? — preguntó haciéndose el interesante, coqueteando con intención de que yo le contestara con algún cumplido.

—No, tú no me hace feliz, Peter.

—¿Quién te hace feliz entonces, Davinia?

—Nadie.

—No te entiendo.

—Me hace feliz el momento, este momento, aquí contigo, en este lugar maravilloso, de ensueño, y quizás tú también.

—¿Pero solo quizás?

—Eso es, chico listo — bromeé dentro de ese momento tan romántico.

—Creo que necesito urgentemente llevarte a un centro comercial — volvió a recordar el momento bolso Louis Vuitton.

—Pues no es mala idea — dije provocándolo aún más.

—Pórtate bien que tengo una sorpresa para ti, si mañana por la tarde terminamos de cerrar el acuerdo con la empresa y lo dejamos firmado y listo, ya nos quedaría el resto de semana libre y me gustaría llevarte a un lugar que créeme te impresionara mucho más que todo esto.

—Seré todo lo buena que quiera, o lo mala... según sea tu gusto — me encogí de hombros mientras bromeaba

La cena fue un ir y venir de indirectas. Algo me decía y, a continuación, ese algo me hacía fantasear. Tenía cada vez más claro que esta noche iba a terminar cayendo rendida en los brazos de mi jefe, además que los efectos del alcohol me estaban ayudando a convencerme de que iba a pasar una de las noches más apasionante de mi vida.

Salimos tarde del local y fuimos ya hacia nuestro alojamiento. Volvimos en *tuc tuc*, pues Peter estaba encabezonado con que probase ese medio de transporte.

Era muy utilizado en Tailandia como en muchos lugares de Asia. Son motos de tres ruedas y una cabina con capacidad para dos o tres personas que trasladan tanto a habitantes de allí como a los turistas. Montar en aquel vehículo daba vértigo. Había que ver cómo iban esquivando a los coches. La cara de él estaba desencajada y la mía también por el acojonamiento que estábamos pasando cuando íbamos de camino al hotel. Cuando llegué a las villas pensé que lo mejor era seguir caminando y no volver a montar en algo como aquello.

Peter me acompañó hasta la villa, nuestra villa. No. No fue así. Nos acompañamos y yo temblaba a su lado. Peter callaba porque eran nuestros corazones los que hablaban. Nos teníamos el uno al otro.

El impulso no tardó en llegar. Sin que yo lo esperase, aunque lo esperaba, me empujó contra una columna que había en la entrada al apartamento. No me dio tiempo a girar la cabeza. De repente, noté la lucha, porque nuestras bocas empezaron a luchar y el dolor de los mordiscos en mi cuello, en mis

labios, era un dolor dulce.

Éramos dos animales que moríamos por devorarnos sin piedad. Yo ya no temblaba. Era Peter el que lo hacía. Su lengua en el interior de mi boca succionaba la mía que quería huir y regresar al mismo tiempo. Sus manos hundidas salvajemente en mi pelo aumentaban el daño, pero yo quería ese daño, que me follara allí mismo.

Sus manos bajaron hasta mi trasero y me empujó hacia arriba. Mis piernas se ataron a su cintura y nuestras bocas inseparables se ahogaban en esa lenta muerte que eran aquellos besos apasionados. Necesitábamos respirar para no morir y noté en mi vientre la presión de su miembro, y supe entonces que él estaba tan excitado como yo y que aquello no podía acabar allí.

Volvió a empujarme, esta vez contra la puerta. Estaba desatado y yo quería que siguiera con esa fuerza descomunal, que no se alejara de mí, que me penetrara cuanto antes, quería que aquel cuerpo me poseyera como si el mismísimo diablo se hubiese decidido a robarme al alma y a arrastrarme al infierno.

Abrimos la puerta con torpeza y caímos enseguida en la cama, y entonces el vestido se deslizó entre sus manos como una segunda piel que dejara mi cuerpo. Y yo era feliz. Y yo me abandoné. Quería que hiciese conmigo lo que yo más deseaba. Se quitó la camisa y el pantalón, y pude comprobar que era cierta la tentación y volvimos a asfixiarnos lentamente, y yo gemía, herida de placer, y éramos una sola saliva, un solo cuerpo, cuando su miembro entró en mí y me elevé de nuevo.

La noche moría allí mismo. Con nosotros. Y lloré en ese momento en el que Peter, tras cada embestida, exhalaba su aliento sobre mi pecho. Y lloré de emoción cuando supe que el amor y el sexo eran el mismo lenguaje.

Al día siguiente desperté entre sus brazos. Nos fundimos en un gran abrazo y luego nos levantamos para ir a desayunar a la terraza. Ya nos habían puesto de nuevo toda una gran mesa de variedad de frutas y dulces para ponernos las botas. En aquel viaje me estaba atiborrando a comer.

Pasamos toda la mañana en el hotel, disfrutamos en la piscina, incluso comimos en la terraza de la habitación ya que pedimos la comida al servicio de habitaciones. Luego nos arreglamos y fuimos a esa última reunión con los directivos de Bros Company para firmar los convenios, reunión que fue todo un éxito y con el que se cerró el acuerdo.

Peter me dijo que al día siguiente saldríamos de ese hotel y marcharíamos a un sitio de ensueño, solo de pensarlo me daban ganas de saltar de la alegría. Como era de esperar, estábamos eufóricos y de nuevo en la villa yo me abandoné a él, que se arrojó a mis brazos a devorarme con la misma intensidad que había hecho la noche anterior, y de nuevo sentí que alguien me arrastraba al infierno, y

que no había más placer que sentirlo a él, a Peter, dentro de mí, mientras las barcazas seguían su rumbo por un río infinito.

Capítulo 8

A las seis de la mañana sonó la alarma del móvil de Peter.

—Vamos, preciosa, que debemos hacer las maletas. Tomamos un café en el aeropuerto.

—¿Aeropuerto? ¿Me vas a sacar ya de este maravilloso país? — dije haciendo pucheros.

—Que vayamos a coger un vuelo no significa que tengamos que ir a ningún sitio fuera de Tailandia. Anda, ve haciendo las maletas que nos esperan unas buenas vacaciones — decía mientras me abrazaba fuertemente y hablaba a mi oído.

—Pero, si tú dijiste que no era un viaje de placer, que no íbamos a tener tiempo libre.

—Me gusta seducirte de muchas maneras y cabrearte para luego darte una sorpresa es una forma de ellas — dijo con ironía.

—No me gusta que me hagan ese tipo de cosas. He tenido muy malas experiencias con otros hombres y pensaba que tú eras uno más — dije con cierto tono de tristeza.

—No te confundas. Hay hombres maravillosos por ahí fuera para mujeres como tú.

—Vuelves a creerte el ombligo del mundo, Peter.

—Davinia, he dicho que hay hombres maravillosos, no que yo sea un hombre maravilloso — matizó sonriendo.

—Ya estás haciendo el tonto de nuevo. Tengo ganas de ver adonde me llevas —dije ilusionada.

Nos vestimos, hicimos las maletas y entregamos las llaves de la habitación. Al salir ya nos estaba esperando un taxi fuera que nos llevó al aeropuerto y, cuando me di cuenta, estaba facturando para la isla Koh Samui.

Al ponerme a buscar en Internet datos sobre Tailandia, encontré algunos destinos como esa isla, una maravilla al sur de Tailandia, así que, al meter las maletas, empecé a saltar de la alegría. Peter me miraba sonriendo y feliz de ver que yo lo estaba.

—No me puedo creer lo que has hecho. Es un sueño. Esa isla es un sueño —dije yo llena de ilusión, con los ojos vidriosos, puesto que estaba a punto de llorar.

—Sé que te gustaría. Creo que Koh Samui, Davinia, es un trozo de cielo que cayó a la Tierra y que Dios no se dio cuenta — dijo Peter con una voz seductora.

—¡Qué bonito es eso que acabas de decir! Es muy bonito — comenté yo abrazándolo para demostrarle mi agradecimiento.

—Verás cuando llegues. Vas a emocionarte mucho más.

—No creo nada de lo que está pasando. Parece todo tan irreal. Están siendo días felices en mi vida.

—¿Solo felices, Davinia? —preguntó él esperando una respuesta más entusiasta.

—Los más felices, quería decir. Los más felices — dije como una tonta.

Después de aterrizar, nos trasladaron a un precioso hotel que era un complejo compuesto de bungalós frente al mar. Era preciosa por dentro, al estilo oriental, todo minuciosamente decorado, con unas vistas impresionantes hacia el mar. En la terraza teníamos un jacuzzi para mayor deleite.

Peter decidió alquilar para los cuatro días una moto, ya que era la opción más cómoda para moverse por aquella isla en la que enseguida nos adentramos para descubrir lo que había en ella. Se trataba de una isla muy preparada para el turismo, si bien conservaba su aspecto selvático y salvaje. Tenía un montón de posibilidades para los visitantes: templos, cascadas, fiestas, así como recorrer preciosas playas, aburrirse allí era imposible.

Lo que más me gustaba es que iba a todo el día relajada. No existía otra realidad más que aquella isla. No existía ninguna clase de preocupación. Ya fuese moto o andando me sentía libre. Había una energía en aquel lugar que no se percibía en otros lugares del mundo.

Y lo más importante es que veía a Peter feliz, tan feliz como yo. No me quitaba ojo y había encontrado en mí, en aquel momento, una nueva forma de descubrir ese lugar que ya era muy conocido para él. Una de las cosas que más me gustaban de Peter era esa capacidad para controlar la situación, para demostrar que estaba curado de espanto y que ya había pasado por muchas experiencias pese a que no era un hombre mayor. Sin embargo, intuía que esa madurez era solo aparente, pues luego se mostraba huraño, distante, ajeno a mis emociones. Y eso me desesperaba.

Pasamos el primer día de cerveza y tapeo por todos los bares que había alrededor de la playa. Estábamos muy cómodos y empezaba a parecer que no había ninguna relación laboral entre nosotros, eso era lo ideal para pasar esos días tan especiales que yo no había previsto en modo alguno cuando el propio Peter me ordenó que lo acompañara.

Esa primera noche cenamos en un restaurante con luz de antorchas. Bajo ese cielo estrellado, parecía que estábamos viviendo una auténtica luna de miel, especialmente, con las miradas de complicidad que nos estábamos regalando.

—Cuéntame algo de tu vida, Davinia — dijo mientras le daba un trago al gin—tonic que nos habían puesto tras la cena.

—Pues no sé qué contarte, mi vida no es tan llamativa como la tuya que seguro que tienes mil historias para contar —dije yo con sinceridad.

—Todos tenemos mil historias para contar, Davinia. Ya te dije que, antes de conseguir todo esto, tuve una vida muy sencilla en la que tuve que trabajar muy duro para llegar a estar donde estoy.

—Bueno, seguro que en este tiempo de éxito te ha dado tiempo para vivir mil aventuras que no me dará tiempo a vivir a mí a lo largo de mi vida.

—Eres una exagerada. Me gusta la Davinia que he conocido estos días con la gracia que te ha caracterizado para saber aguantar todo tipo de provocaciones mías.

—Menos mal que lo reconoces...

—Nunca lo negué, era evidente, pero buscarte la lengua era todo un placer para mis oídos.

—Pues me he privado mucho. Si me pillas en otro momento y en otras circunstancias de mi vida, flipas. Da gracias a que eres mi jefe.

—Hasta el martes no lo vuelvo a ser, así que tómate todos los atrevimientos del mundo que ninguno de ellos influirá negativamente en tu historial laboral — volvió a guiñar ese ojo que tantas taquicardias me causaba.

—No me creo yo que, si te lanzo un buen ataque, eso no conlleve alguna represalia futura— dije mientras me bebía un chupito que habían puesto junto al gin—tonic.

—Quiero que seas tú en toda tu esencia durante estos días que vamos a pasar alejados de todo el ajetreo laboral en que nos vemos sumergidos diariamente. Quiero conocer a esa Davinia que está fuera del entorno de la revista — dijo con aire muy sexy.

—No sé si te interesaría conocerla, lo mismo te asustas y todo...

—Me sorprendería, no me cabe duda — dijo mientras estiraba su mano para agarrar la mía y acariciarla mientras seguíamos sentados en aquella arena frente al mar tomando una copa.

Cada vez notaba que había más tensión sexual entre nosotros. Sabía que esa noche íbamos a explotar como una bomba, esas miradas y esos cruces de palabras eran toda una provocación para los dos.

Después de tomar algunas copas más, nos fuimos a la playa. Había sido previsora y llevaba un bikini debajo de mi vestido holgado. Nada más llegar a la orilla, Peter se quitó la camiseta y el pantalón. Se adentró en las aguas y se pegó un baño. Yo me deshice del vestido y estiré una toalla que llevaba en mi bolso y me senté allí mismo. A mirar el mar. A mirarlo. Peter salió enseguida.

—No está fría. Ven y báñate, Davinia.

—No. Gracias. Estoy bien aquí —dije yo mostrando resistencia a su proposición.

—No seas tonta. Anímate.

—He dicho que no. Siéntate conmigo aquí, Peter.

—Me encanta ese bikini que llevas, Davinia.

—Sé que te iba a gustar.

—Ahora, ¿quién es la presumida? — preguntó él esbozando una de sus sonrisas que me derretían.

—No seas tonto. Siéntate aquí. Quiero tenerte cerca — insistí y supliqué con voz dulce.

Miraba el mar. Miraba su fondo azul y cristalino al mismo tiempo y Peter no dejaba de mirarme a mí. Pese a que era de noche, la luna llena iluminaba la superficie del agua como si fuese de día.

Me ponía nerviosa que hiciera eso, que me desnudara con la mirada pero también me gustaba. Su torso desnudo era excitante. Su vientre duro y sus fibrosos pectorales me pedían guerra y de la buena.

Nos despedimos del camarero y salimos de allí para dirigirnos al bungalow.

Lo miré a los ojos y él me hizo un gesto, moviendo la cabeza e indicándome una caseta abandonada, un antiguo kiosco de playa que parecía estar cerrado desde hacía meses. Yo lo entendí a la primera y disimuladamente cogí la toalla, y me oculté detrás de aquel parapeto como quien busca sombra.

La playa estaba desierta. Alguna pareja caminaba por la orilla de vez en cuando. Seguramente

algunos novios que habían ido a Tailandia como destino de su viaje de luna de miel. Enseguida vino él y me fijé en que el bañador le apretaba. Y mucho. No tardó en quitárselo y yo me desprendí de mi bikini con facilidad. Lo había ensayado cientos de veces delante del espejo, porque más de una vez había soñado con un encuentro como este, una fantasía que ahora cumplía con un hombre que me hacía volar.

En aquel momento, detrás del kiosco, sobraron los besos. Me puso la mano en la boca para que no chillara y, si lo hacía, mis gemidos se ahogarían entre sus dedos. Y así fue. No hubo caricias, no hubo ningún gesto que me preparara para lo que iba a suceder, iba a entrar en mí.

No hacía faltan los besos. Hacía rato que estaba excitada y necesitaba que lo hiciera así, de esa forma irracional. Y Peter comenzó y yo caí rendida al suelo a los pocos minutos. Las piernas me flaqueaban, pero él continuaba dentro, dándome placer.

Yo permanecía a cuatro patas y aquella forma de dominarme me hacía más poderosa frente a él, porque Peter necesitaba sentir que controlaba la situación. Y yo tenía el poder para que él cumpliera ese deseo. Su mano derecha seguía en mi boca y la otra agarraba mi pelo. Fuertemente. Y mordí sus dedos y él experimentó el dolor junto al placer, y ya no pudo más, y cayó sobre mi espalda. Su aliento en mi cuello fue como una oración y las estrellas temblaban con nosotros.

Pasamos los dos días siguientes entre la playa y el bungaló aprovechando cada minuto del día para disfrutar el uno del otro. Teníamos una complicidad impresionante y no había un solo minuto que no tuviese una muestra de cariño hacia mí. Parecía que ya se me había olvidado los momentos de jefazo que él tenía y que me ponían de los nervios.

—No me esperaba esto, Peter —dije el último día en la isla, mientras desayunábamos frente al mar.

—Lo tendremos que repetir, ¿me oyes?

—Me encantará hacerlo siempre que me prometas que no volverás a ser el capullo del aeropuerto —dije con sorna.

—Está bien. Pero recuerda que soy tu jefe.

—Te gusta echármelo en cara, Sr. Evans.

—No. Lo que me gusta es ver cómo te sonrojas y me miras como avergonzada.

—No lo puedo evitar.

—A mí me encanta — dijo mientras me daba un beso en los labios.

Salimos de la isla con todo el dolor de mi corazón ya que había pasado los días más bonitos de mi vida. Cogimos un vuelo hasta Bangkok donde pasaríamos nuestra última noche antes de volver a España.

Ese último día en la ciudad lo pasamos metidos en un centro comercial haciendo compras a diestro y siniestro.

No paraba de regalarme bolsos e incluso unas gafas de Tous que me dejaron enamorada perdida. Salí del centro comercial a lo Pretty Woman cargada de bolsas. Jamás me había visto en una de esas, llevando tanto dinero metido en esas bolsas a modo de marcas.

Estaba agotada y Peter decidió que regresáramos a la villa. Al día siguiente teníamos que coger el vuelo hacia España y también sería un vuelo agotador. Aquel viaje había merecido la pena, no solo por el éxito comercial, sino también porque Peter había dejado de ser el Sr. Evans y nuestra relación parecía haberse consolidado. La noche antes de coger el avión nos mirábamos, acostados en la cama, y comenzamos a sincerarnos.

—¿Me quieres, Peter?

—No me gusta hablar de ese tipo de cosas.

—¿Por qué?

—Porque no me siento cómodo, Davinia. Parece que no fuera suficiente con lo que te he demostrado ya.

—No sé. A cualquier chica le gusta que su novio le diga que la quiere —dije yo con ingenuidad.

—Carpe diem, aprovecha el momento. No te montes películas. No quiero tomarme esto como un compromiso serio y de por vida — comentó con crudeza, yo me sentí ninguneada.

—¿No somos una pareja? —pregunté herida.

—No quería decir eso. Solamente quiero decirte, Davinia, que debemos conocernos un poco más, dejar que el tiempo fluya.

—¿Soy tan solo un ligue temporal? —pregunté con cara de pocos amigos.

—Vamos a dormir. Sabes de sobra que te quiero. Lo que no me gusta es que hagas planes sobre nuestro futuro. Me da miedo que lo hagas — dijo Peter con serenidad.

Aquellas palabras, aquellas últimas palabras no me aliviaron. Al día siguiente, subimos al avión. Hubo más silencio que palabras. Yo seguía emocionada y, según despegaba el avión, tenía más claro que una parte de mí se había quedado en Tailandia. Peter y yo nos mirábamos de vez en cuando y sonreíamos. El avión cruzaba el cielo.

Capítulo 9

Iba con la cabeza apoyada en el coche de Peter mientras miraba las luces de mi ciudad. Ya había anochecido, era casi la hora de la cena, y su chófer se dirigía hacia mi casa. Mi jefe iba en silencio, pensativo, notaba cómo me miraba de reojo de vez en cuando pero nada más.

El coche paró en doble fila y bajé sin esperar a que me abriera la puerta, Peter lo hizo detrás de mí y se hizo cargo de mi equipaje, acercándomelo hasta el portal.

—Me alegro mucho de que me hayas acompañado en este viaje, Davinia, has hecho un gran trabajo.

—Gracias por la oportunidad — dije ciñéndome a lo profesional, al igual que él y eso en parte me molestó.

—Estás agotada...

—Estoy bien — lo interrumpí.

—Estás agotada — dijo con las cejas enarcadas —, tómate libre el día de mañana.

—Estoy bien, Peter, en serio.

—Davinia, ha sido un viaje largo y...

—No, de verdad. Me vendrá mejor ir a trabajar y volver a coger el ritmo — para testaruda, yo.

—Está bien — suspiró —, así te veo mañana.

Se acercó a mí y me dio un tierno y rápido beso en los labios. Evité cerrar los ojos de puro placer.

—Ciao — se dio la vuelta y se montó en el coche, desapareciendo este rápidamente entre el tráfico.

Entré en mi casa y dejé la maleta en el salón, ya la recogería al día siguiente.

Me di un largo baño, me preparé un sándwich para cenar y llamé a mi hermana por teléfono para avisarla de que ya había vuelto. No me hizo muchas preguntas, ella no sabía que mi jefe me había acompañado en ese viaje, porque si lo llega a saber... No termina el interrogatorio en horas.

No pasó lo mismo que con mi amiga. Tenía claro desde un principio que no la iba a llamar, pero ella se me adelantó.

—Si me coges la llamada, es porque ya estás en el país, supongo — dijo cuando la saludé.

—En realidad sigo en Tailandia pero a ver si así, ahora que te va a salir la llamada el ojo de una cara, no me interrogas demasiado.

—¿Desde cuándo eres tan borde? — dijo riendo.

—Desde que me conozco todo lo que vas a preguntar. Déjame empezar: no me acosté con él, todo fue estrictamente profesional — mentí, pero no iba a contarle nada de nada.

—¿Es gay?

—No, que yo sepa no — y tanto que sabía que no...

—Entonces ni tú te crees lo que estás diciendo. Cualquiera querría acostarse contigo. O espera, ¿está casado?

—Pues que yo sepa tampoco.

—Quizás aún no salió del armario. Pero tranquila, lo hará, no es que tú no le pongas.

—Estás ayudando mucho, sí — si tú supieras...

—Solo no quiero que tu auto estima se vea afectada.

—¿Lucy?

—¿Sí?

—Buenas noches.

Le colgué sin darle lugar a réplica. ¿Sería posible lo que tenía que aguantar?

Me fui a la cama con el mal humor en el cuerpo, el cansancio no ayudaba, al menos descansarían toda la noche. Y si no, me deleitaría recordando esos momentos con Peter.

Al día siguiente estaba agotada cuando entré por las puertas de la oficina, ahí me acordé bien de Peter, tenía que haber aceptado su propuesta de descansar ese día pero no, yo era lo bastante cabezota para tener que salirme siempre con la mía.

Saludé a algunos de mis compañeros, me senté delante de mi escritorio y me puse a trabajar. Minutos después levanté la cabeza al sentir alguna mirada sobre mí.

—Hola — les dije a los tres mosqueteros.

—Vaya, vaya, la caribeña está aquí — saludó Natalia con retintín.

—¿Qué tal por el Caribe? ¿Son esas playas tan cristalinas como dicen? — preguntó Manuel.

—Más aún, Manuel, son...

—Preciosas, ¿verdad? — me interrumpió Desirée, se levantó y los otros dos la siguieron, los tres se apoyaron en el escritorio — Pero no vienes tú tan morena como pensábamos.

—No, es que estuvimos todo el tiempo trabajando, apenas me dio el sol — contesté.

—Pues vaya mierda — dijo Natalia —. Para una vez que vas al Caribe. Porque es la

primera vez que vas, ¿no?

—Sí.

—Bueno, tú no te agobies, un día nos vamos los 4 — sonrió Manuel.

—Claro que sí — dijo Desirée —. Yo estoy deseando un viaje allí. Esas playas, ese sol, esa comida tailandesa...

—Pfff, sabía que lo sabíais — mentí porque aunque fuera evidente que lo habrían descubierto estos días, ni se me había pasado por la cabeza. Una que era zopenca a veces.

—¡Serás capulla! ¡Que te ha llevado a Tailandia! — gritó Natalia.

—Shhh. Baja la voz — la recriminó Manuel.

—Pero si lo sabe toda la oficina — se quejó Desirée.

—A ver, chicos, dejad de imaginar que solo fue trabajo.

—Sí, claro — se mofó Natalia.

Empezaron las dos a bombardearme a preguntas, Manuel se secaba el sudor de la frente con un pañuelo a la vez que intentaba callarlas o que al menos bajaran la voz y yo me crucé de brazos hasta que terminaran.

—Un, dos, tres, responde otra vez — dijo Manuel cuando terminaron de acribillarme.

No me dio tiempo a nada, ni siquiera a mandarlos bien lejos, en ese momento se escuchó un carraspeo detrás de ellos y los tres se dieron la vuelta rápidamente.

—¿Te encuentras bien, Davinia? — preguntó Peter, mirándome.

—Yo sí — asentí con la cabeza. Aunque la verdad era que ya no, ese hombre era puro sexo, ya me había excitado.

—Oh... Pensé que quizás te encontrabas mal y tus compañeros estaban intentando que...
No sé, ¿Qué no te desmayaras?

Fue visto y no visto, los tres corrieron hacia sus mesas. Peter me guiñó un ojo y entró en su despacho.

Miré a mis compañeros y negué con la cabeza, recriminándoles.

—Nos vas a contar todo — dijo Desirée.

—Mmm... .

Agaché la cabeza, cogí mi móvil y le mandé un mensaje a Peter.

“Gracias.”

Sí, no era muy locuaz yo.

“Es hora de trabajar.”

Fue una respuesta cortante, quizás yo me había tomado demasiadas libertades al escribirle, pero lo hecho, hecho estaba.

Horas más tarde, ya en mi cama, pensaba en todo más tranquila. Peter despertaba en mí sentimientos que hacía tiempo creía adormecidos y me encantaba estar con él, pero entre nosotros no había pasado nada que me hiciera pensar que...

No, no había pasado, solo fue sexo, no tenía que esperar nada más. Él no me había hecho promesas ni habíamos vuelto a hablar del tema así que...

Sexo para él, quizás, porque yo estaba pillada por ese hombre, mi jefe, y tenía más que un problema. Porque, por más que intentara evitarlo, a la mínima iba a caer y lo sabíamos los dos.

El día siguiente llegué a la oficina algo nerviosa, no había sabido nada de Peter y mis dudas seguían en la mente. Me había enamorado de mi jefe, me había acostado con él y... Se me iba a hacer durísimo seguir allí con lo que había pasado entre nosotros si para él no fui más que un

polvo. Me jodería pensar que al final Lucy tuviera razón.

Mis compañeros parecían haber olvidado lo del día anterior y me trataban con la misma normalidad que anteriormente y eso me aliviaba.

—Parece que no has dormido mucho, Davinia , ¿te apetece venirte a tomar un café? — preguntó Natalia.

—No, gracias, pero te agradecería que me trajeras uno.

—No ha tomado su dosis habitual de cafeína y créeme si te digo que, o se la toma, o no hay quien la soporte — dijo Manuel.

—Creía que no la soportabas de todas maneras — intervino Desirée.

—¿No puedes estar nunca callada? — le preguntó él.

—No — dijo ella, sincera —. Me mordería la lengua y me envenenaría.

—No vendría mal — dijo él, Natalia se rio y Desirée le tiró un bolígrafo a la cabeza —. Auch, eso dolió.

—Te jodes — dijo ella.

—Venga, chicos, ya está — Natalia se levantó —. Os traigo lo de siempre.

Desirée siguió chinchando a Manuel y este acabó ignorándola, algo que parecía que a ella no le hacía mucha gracia.

Me centré en mi trabajo hasta que noté que él estaba cerca, era una sensación extraña pero irradiaba algo que tiraba de mí aunque no lo viera. Levanté la mirada y vi cómo pasó por mi lado sin ni siquiera mirarme.

¿Pero qué demonios?

No creía que tampoco fuera para eso, al menos un Buenos días, ¿no? ¿Había jodido el sexo ya hasta eso?

Algo no me cuadraba, no estaba pidiendo que él me prometiera nada, pero tampoco que me ignorara de esa manera.

Estaba poniendo toda la fuerza de voluntad del mundo para no correr y preguntarle.

Natalia apareció y me dejó el vaso de café para llevar en mi mesa. Me dirigió una sonrisa y me hizo una seña que no entendí y le acercó a los demás lo suyo.

La vi cómo cuchicheaba con ellos y de vez en cuando me miraban. A saber la tontería que estaría pensando en ese momento.

—Davinia — Natalia me hizo señas con las manos para que me acercara.

Me levanté y me acerqué a ellos.

—Ya era hora, tenemos un chisme — dijo Desirée.

—Pensé que hablabais de mí — reconocí.

—No, te hacíamos la seña de “Chisme modo on” — dijo Natalia.

—Seña que aún no le hemos enseñado, os recuerdo — resopló Manuel.

—También es verdad — dijeron las otras dos.

—¿Qué pasa? — ya me estaba picando la curiosidad.

—La Puri... — comenzó Natalia.

—¿Quién es la Puri? — pregunté.

—Oh, pues sí que estás atrasada. Tranquila que pronto te pondrás al día. Como decía, me encontré con la Puri en el bar, estaba con las chismosas de siempre ya sabéis.

—Claro, como para no, si se pasan el día chismeando — dijo Desirée, indignada.

Miré a Manuel y ambos nos entendimos a la perfección, los dos sonreímos volviendo a la conversación.

— Pues la última es que la víbora ha vuelto — terminó Natalia.

—No jodas... — dijo Desirée, se había quedado con la boca abierta.

—¿Quién es la víbora? — pregunté.

—¿Y él lo sabe? — preguntó Manuel.

—Sí, por lo visto ya lo sabe. La señora ha llegado dándoselas de lo que es, una cara dura y viene a por todas — terminó Natalia.

—O sea, que lo quiere a él — entendió Desirée.

—Me perdí — dije. ¿Quién puñetas era la víbora?

—Señor, es una zorra. Lo dejó por otro y, ¿ahora vuelve? ¿Con qué excusa? — quiso saber Desirée y un escalofrío me recorrió, imaginando lo peor.

—No lo sé, solo sé que ha vuelto. Hay apuestas ya incluso abiertas — dijo Natalia.

—¿Cuáles apuestas? — quiso saber Manuel.

—Si el Señor Evans perdonará y volverá con su ex mujer, o no.

No escuché nada más, solo podía escuchar un pitido en la cabeza y empecé a sentirme algo mareada.

Intenté recomponerme y que mis compañeros no notaran nada en mi cara, pero a partir de ese momento ya no era capaz de escuchar nada de lo que estaban diciendo.

Les seguí la corriente como pude y volvimos cada uno a nuestros escritorios. Yo ya no era capaz de concentrarme. En ese momento lo noté acercarse y lo miré, se quedó unos segundos mirándome a los ojos, con la cara típica seria y la mandíbula apretada.

Sin mostrar ni una emoción en el rostro... Se marchó.

Tragué saliva intentando no llorar y llamarme mil veces idiota.

Llegué a casa, me di un baño y me fui a la cama a llorar todo lo que había aguantado esa mañana en el trabajo. Sabía que no podía reprocharle, era culpa mía si me sentía de esa forma por haberme creado una película en mi cabeza.

Él no era culpable de que yo me hubiera enamorado de él, jamás me prometió nada, pero...

Joder, ¡dolía!

Lloré hasta quedarme dormida, pensando lo idiota que era por haber perdido la cabeza por él tan rápidamente. Ya no podía cambiarlo, pero tampoco podía evitar esa tristeza que me estaba empezando a embargar.

Capítulo 10

Me desperté el jueves con los ojos hinchados, no había parado de llorar en toda la noche y apenas había pegado ojo. Por más que quisiera justificarlo pensando que solo fui sexo, me dolía que me hubiera tratado así.

¿No había notado él cómo era yo? ¿O lo que él me hacía sentir? ¿Que no era una chica para eso nada más?

Joder, no esperaba una relación, pero sí que me lo hubiera dejado claro desde el principio.

Salí de casa enfadada conmigo misma, yo tenía la culpa de todo. Ahora tenía que entrar en esa oficina con la cabeza bien alta e intentar seguir con mi trabajo lo mejor que pudiera, mi vida personal no podía afectarle. No estaba la situación para que me quedara en el paro de nuevo.

Antes de montarme en el tren me compré un café para llevar, necesitaba espabilarme ya que la noche había sido todo un desvelo, mi cara debía de ser un poema.

Saludé a mis compañeros intentando fingir normalidad y, aunque me miraban de vez en cuando, como extrañados cuando le pegaba algún golpe a la grapadora contra la mesa o refunfuñaba en voz baja, todo parecía normal.

—Otra que está en esos días — dijo Manuel y logró que Desirée le tirara a la cabeza el bolígrafo que tenía en las manos y le diera de lleno —. Auch... a este paso te quedas sin bolígrafos — dijo él.

—Al menos tú tendrás chichones que durarán días — intervino Natalia, riéndose.

—Por machista — se quejó la tercera de los tres mosqueteros.

Manuel resopló y se puso a trabajar y todos hicimos lo mismo. En ese momento me llegó un email del equipo de dirección.

“Estimados compañeros.

Mañana, a las 10 de la mañana, se convoca una Asamblea General en la que se tratarán algunos temas importantes como el manejo de los puestos directivos.

Atentamente.

La dirección.”

Ví que no era la única que lo había recibido, era una circular interna. Me extrañó, como a mis compañeros, el mensaje en sí, pero yo no tenía la mente para pensar mucho en ello.

El día en el trabajo fue un completo horror, pero para mí bienestar mental, no había visto a Peter en ningún momento. Llegué a casa y me quedé vagueando toda la tarde, intentando quitármelo de la mente. Pero estaba sumida en un estado de tristeza increíble.

Esperaba algún mensaje o alguna respuesta por su parte a lo sucedido pero parecía que no estaba muy por la labor.

El viernes llegué al trabajo con la ilusión de que estaba cerca el fin de semana, necesitaba la soledad en esos momentos, y con la curiosidad de la reunión que estaba convocada.

Mis compañeros y yo no parábamos de mirarnos al ver el revuelo que se respiraba por aquellas oficinas, la cara del personal también representaban incredulidad por el misterio que se respiraba acerca de aquella reunión.

—Yo creo que va a anunciar despidos — dijo Desirée.

—Esta empresa está en pleno auge, nada que ver con la realidad lo que estás diciendo — respondió Manuel.

—Seguramente va anunciar que se casa con Davinia, ella está disimulando para darnos la sorpresa y el susto en ese momento que él lo comunique — contestó Natalia

—Lo mismo anuncia que te ha hecho a ti un barrigón — respondí bordemente.

—Pues mira, iba a tener la vida solucionada y encima un buen macho en mi cama.

—Calmaos, chicas, que os conozco, que al final esto termina en un baño de reproches —intentó mediar Manuel.

Antes de las 10 de la mañana, estábamos todos en la sala de reuniones, en grupos, cuchicheando sobre de qué se hablaría. Parecía ser que nadie tenía ni idea y todo el mundo estaba extrañado.

Era todo el mundo hablando sobre ello, muchos empleados bromeaban sobre que iba a anunciar algo fuerte para la revista.

La puerta se abrió y una mujer espectacular entró. Con una larga melena negra y rizada y rasgos asiáticos, parecía sacada de una revista de Playboy. Entró con la cabeza alta y sin mirar a nadie. Detrás de ella, entró Peter, cerró la puerta tras él y siguió a la modelo.

Todos los empleados tomamos asiento, yo la primera, intentando evitar que las piernas me cedieran por tanto temblar, solo verlo me había puesto en ese estado.

Pero además de mirarlo a él, me moría de la curiosidad de sabes quién era ella.

Ambos tomaron asiento y la sala se quedó en completo silencio.

- Buenos días — empezó Peter, mirando a todos al frente —. Todos sabéis quién es, para quien no lo sepa, su nombre es Alexia.

No creo que tenga que dar muchas explicaciones sobre mi vida personal, todos sabéis que nunca lo hago. Hoy haré una excepción puesto que atañe a la empresa al completo.

Alexia y yo hemos decidido volver. Nuestra vida privada no le interesa a nadie, repito, pero ella ha solicitado formar parte de la empresa.

Tras llegar a un acuerdo entre ambos, Alexia comenzará hoy mismo a desempeñar su trabajo, siendo, a partir de ahora, mi mano derecha.

Espero el respeto que se merece con su cargo y que todos cooperemos — en ese momento me miró a mí y yo bajé la vista para que no viera las lágrimas en mis ojos, bajé las manos debajo de la mesa, no dejaban de temblarme —. Eso es todo, que tengáis un buen día.

Peter se levantó, esperó a su mujer y salieron de la sala, mis compañeros los siguieron y yo me quedé allí, sentada, sin poder reaccionar.

Alexia... Su mujer...

Continuará...

Agradecimientos.

A nuestros fieles seguidores, millones de gracias por seguir haciendo nuestros sueños realidad.

Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.